

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — Tomo X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, nº 4 en Paris.

Año 16. — Nº 250.

SUMARIO.

Presentacion á S. M. de los actores del primer regimiento en el campo de Chalons; grabado. — Revista

española. — Revista de Paris. — Las maniobras y diversiones del campo de Chalons; grabados. — Inauguracion del ferro-carril de Chalons al campamento; grabados. — La mancha de la mora. — Una fuga dramática. — Vista general del campo de Chalons; grabado.

— Eulalia. — Excursion á Tournoux, valle de Ubaye (Bajos Alpes); grabados. — Boletin científico. — Industrias nuevas; grabado. — La locomotora del ferro-carril del campo de Chalons; grabado. — Exposicion de bellas artes de 1857; grabados.



Campo de Chalons. — Presentacion á S. M. de los actores del 1º regimiento de granaderos de la guardia, despues de la funcion hecha ante el duque de Cambridge.

Revista Española.

Las ferias de antaño y las de ogaño. — La exposicion de agricultura. — Censo de poblacion. — Teatros. — Zarzuelas en el Circo. — Apertura del de Noveades. — Arjona y Romea. — El del Príncipe. — Entusiasmo por la Ristori. — Llegada del príncipe de Orange á Madrid. — Perdon de un reo. — Gran solemnidad en Roma. — Funciones en los lugares. — La emperatriz Eugenia en España. — Final.

A manos llenas estaba sacando el Tiempo de unas alforjas rotas y mugrientas los sucesos que pensaba enviar á la tierra para amenizar el mes de setiembre, y por puñados íbalos echando en el cosmorama del mundo; por cuyos vidrios, ó sea por una multitud de lentes y de gafas, los contemplaban con curiosidad todos los mortales. « Ahí verán Vds., decia cuando yo llegué, ahí verán Vds. á los madrileños ocupados los unos en sacar trastos viejos de las guardillas á la calle, y los otros en mirarlos. Observen Vds. esos rústicos tinglados que se elevan en todas las plazuelas, y reparen bien las baratijas que en ellas se exhiben á los ojos del público: allí un sofá sin asiento y sin respaldo, sosteniendo un chacó del año veinte; tres soperas y media bota de montar; aquí varias parvas de libros roñosos sin principio ni fin; allá juguetes, ó sea pruebas de la mecánica aplicada al recreo de los niños; acullá clavos, asadores y demás productos de las fraguas del siglo pasado, vestidos de orin por el Tiempo. Tales son los atributos de las ferias madrilenas, mezclados á trechos con algunas cosas buenas, como los melocotones, ó séase los ricos de Aragón, y las avellanas y nueces alcarreñas. Y noten Vds. lo que han variado las tales ferias de pocos años á esta parte: tiempos hubo en que al lucir el 24 de setiembre cubríanse las calles de la Heróica Villa de trastos viejos: ahora solamente las plazuelas han conservado el privilegio de lucir semejantes basureros. Ni la animacion es tanta como entonces, ni tanto el número de *paleos* que, abandonando los vecinos lugares, vienen á trotar asidos de las manos por la parte de las calles destinada á los que van en coche. Verdad es que en la de Alcalá hay aun paseo en prensa con todos sus resultados entre dos filas de sillas; pero las gentes que allí se estrujan no son ya personas *comme il faut*, ni el buen tono da audiencia á ciertas horas á la orilla de los cajones en que alberga San Bernardino las artes y el comercio.

Sin embargo, señores, y por mas que Vds. digan, yo creo que las ferias siempre formarán época en Madrid, porque á pesar de que en esta villa todo el año es feria, justo es que haya una época destinada á sangrar los bolsillos de los papás que lloran de júbilo al ver á sus tiernos vástagos distinguir la *i* de la *o*; y justo es igualmente que se ventilen por algunos dias los muebles que años y años yacen olvidados en desvanes y trasteras.

Allí verán Vds., seguía el Tiempo, al lado de las ferias, otra exposicion utilísima por cierto, y que demuestra el próspero estado de esa tierra bendita del Señor, que lleva el nombre de España. Y volviendo los ojos hácia Madrid ví en la Montaña del Príncipe Pio generoso alarde de nuestra agricultura. Era la tarde del 24: escogida concurrencia poblaba el camino que conduce desde el real palacio á la montaña; formaba la tropa en parte de él, y multitud de coches iban y venian conduciendo elegantes damas y *funcionarios* públicos cubiertos de cruces y bandas y bordados. En lo mas alto de aquel elevado cerro luce un salon construido de lienzo de variados y alegres matices, local destinado primeramente á la inauguracion oficial y despues á la exposicion de flores y plantas, y al rededor extiéndense por un lado las jaulas para las aves y los encierros para el ganado de todas clases, y por el otro extensas galerías para frutos, maderas y aparatos de labranza. SS. MM. y S. A. la princesa de Asturias llegaron á las cinco entre los ecos de la marcha real que daban al viento las diferentes músicas militares repartidas por la carrera, y despues de los discursos de apertura y de un himno alusivo recorrieron detenidamente todos los departamentos. Por supuesto que es inútil decir, porque todo el mundo puede figurárselo, que la exposicion aquella tarde, no solo fué de agricultura, sino de grandes cruces, notabilidades, eminencias y hombres públicos, y principalmente de caras bonitas, género en el cual habia una riquísima variedad, embellecida, si es que la hermosura puede embellecerse, con los mas graciosos adornos de la moda.

En los siguientes dias la montaña continuó siendo visitada por innumerable concurrencia. Y en verdad que lo merece; porque la exposicion ha demostrado claramente que el fértil suelo de la España, siempre abundante en regalados frutos, recibe tan esmerado cultivo como el de los países que mas se precian de adelantados en agricultura. Con mayor espacio que yo y con sus superiores conocimientos juzgarán otros los objetos expuestos. A mí solo me toca referir el entusiasmo con que la gente mira la multitud de aparatos de labranza, las colecciones de maderas y carbones de la Escuela de montes, el gigantesco olmo de Aranjuez, la imitacion hecha en pasta del célebre y secular olivo de Orjiva y el tremendo tronco de nogal traído de los montes de Leon. Mas arriba llaman la atencion las frutas, los cereales, las lanas de todas clases y los innumerables frascos llenos de cien diversas especies de vinos: luego las jaulas, habitacion de gallinas y gallos, que por lo grandes pudieran sentar plaza de granaderos si hubiera ejércitos de esta clase de aves, los magníficos faisanes y cisnes del Retiro, los camellos, gerbos y gacelas de la misma posesion y las llamas de Aranjuez, y por último, los hermosísimos caballos árabes, españoles ó ingleses de las

yeguas de S. M. y del duque de Osuna, varios magníficos toros y multitud de cabras de blancas y sedosas lanas, mulas, asnos y corderos.

Todas las provincias para preparar esta exhibicion, (como diríamos hablando en medio inglés) han tenido antes otra en sus capitales respectivas, siendo notables algunas de ellas, como las de Sevilla y Mallorca, y pudiendo haber sido todas notabilísimas, si se hubiera dado el tiempo necesario para prepararlas.

Antes de las exposiciones habia echado á volar el Tiempo los cuadros formados por la comision de estadística que comprende el censo de poblacion hecho por la misma. Resulta en la península un total de 16.304.834 habitantes, habiendo habido desde el otro censo anterior un aumento de 4.438.979. S. M. la reina se dignó dar las gracias á la junta presentándose en el local destinado á las reuniones de la misma y á sus dependencias que recorrió detenidamente.

Mientras yo miraba todo esto habia ido el Tiempo sacando de su hatillo todo lo relativo á los teatros. Cerrados aun al empezar el mes, solo funcionaba, dando las representaciones de despedida, la compañía de zarzuela que habia veraneado en el Circo. Dos nuevas, ambas en un acto, y traducidas ambas, presentáronse á los ojos del público: *Diez minutos de reinado* se llamaba la primera, cuya vida fué poco mas larga que el espacio marcado en su título, y *La Colegiala* tenia por nombre la segunda, que logró agradar por algunas noches, y que habia sido traducida por don Alejandro Rinchan y puesta en música por el director de orquesta don Juan Aldberg.

Aparecia por el mismo tiempo en aquel teatro, dando dos funciones solamente, una cantatriz italiana: *Carolina Viotti*, que consiguió aplausos; y alcanzábalos tambien en el circo de Paul el signor Livio Mazza tocando diferentes piezas en el órgano *melodium*, instrumento de invencion suya, que tuvo tambien el honor de pulsar ante SS. MM.

Pero ya el Tiempo empujando las horas del mes de setiembre con frios nacientes, iba abriendo los demás templos dedicados al culto de Talía.

Franqueó sus puertas antes que ninguno el de Noveades, recién construido en la plazuela de la Cebada, y dignáronse SS. MM. asistir la primera noche, honrando con su presencia la representacion de *El mejor alcalde el Rey*, una de las obras maestras del inmortal Lope de Vega. Aquel coliseo, de que tanto se habló antes de verlo abierto, no parece llamado á hacer gran fortuna. Lo extraviado del barrio donde se halla, le privará de cierta clase de espectadores, y acaso, reducido solamente á poner en escena dramas de muchos horrores, abundantes ejércitos, tiranos y decoraciones raras, ó comedias de magia de cuando en cuando, podria conquistarse las simpatías de los habitantes de aquella parte de Madrid y de los arrieros que vienen á parar en las posadas de la calle de Toledo y Cava-baja, para cuyo público, bullicioso y alegre á su manera, debió exclusivamente construirse. Por lo demás, ha habido esmero por parte de la empresa en el adornado de la sala y en preparar los demás departamentos. Sin embargo, la supresion de la lucerna es una medida muy desacertada, porque por mas que se le haya reemplazado con luces fijas en el antepecho de los palcos, la verdad es que el público está casi á oscuras. El telon de terciopelo recamado de oro, rico, aunque no de muy exquisito gusto, no hace el efecto que se esperaba por la falta de claridad, y la barandilla de las galerías, que deja ver todo el traje de las personas que ocupan estas localidades, no puede pasar en ningun teatro que tenga pretensiones de elegante. Hasta ahora solo se han dado en él comedias ya muy conocidas, pero preparáranse varias nuevas de autores acreditados, segun se dice. Así podrá Valero y algun otro autor notable con que cuenta la compañía, hacer alarde de su talento artístico consiguiendo nuevos triunfos.

El Circo, asilo de Romea y Arjona, ha dado principio á sus tareas con una comedia en tres actos y en verso, original de don Luis Mariano de Larra, que se titula: *EL AMOR Y EL INTERES*. Esta es la única novedad que se ha visto en el escenario de la plaza del Rey en los pocos dias que lleva de vida. Pero ya irán saliendo otros: que al fin y al cabo aquel teatro parece destinado por la compañía que le ocupa á ser el primero de los de verso.

El del Príncipe ha empezado con *Isabel la Católica* de Rubí. La señora Palma y los señores Pizarro y Ossorio (don Manuel y don Fernando) son sus primeros actores. De manera que casi todos los mas distinguidos están en Madrid, pero cada uno por su lado.

Despues de esto nos llamó la atencion el Tiempo hácia la empresa filantrópica que habia colocado en Lope de Vega para proporcionar á sus abonados solaz cuando están buenos, y médico cuando dejan de estarlo. JUAN DIENTE, drama en cinco actos y en verso, original de don Enrique Serich, y la ASTECIA ROMPE GERROJOS, en uno, original tambien, son los dos estrenos que han presenciado los suscritores que no tienen aun necesidad de ver la cara al Galeno respectivo.

Pero el gran acontecimiento teatral que el Tiempo sacó de su maleta para echarlo en el mes de setiembre fué la venida de la Ristori. Apenas la gran trágica se presentó al público haciendo la MEDEA de M. Legouvé, cuando la curiosidad de los madrileños por verla se convirtió en frenesí. Ni un asiento habia desocupado á la segunda noche. Palcos, butacas, galerías, y hasta la entrada general, todo estaba lleno de escogida concurrencia, ávida de admirarla en la MARIA STUARDA de Schiller. Cronista yo mas bien que crítico, casi no me corresponde la agradable tarea de juzgar á esa mujer, que tan extraordinario renombre ha sabido conquistarse; pero ¿cómo resistir al deseo de recordar lo que se dice

y repite estos dias, en periódicos, tertulias y cafés, ya que la RISTORI es el tema obligado de todas las conversaciones? Pródiga la naturaleza con esta actriz, le ha dado todas las circunstancias que pueden hacerla sobresalir en el teatro: estatura elevada, gallardía, voz que tan pronto, y segun el papel lo requiere, es dulce y armoniosa como terrible y amenazadora, belleza en el semblante y dignidad en sus modales, todo la favorece y la hace parecer nacida para la escena. Pero eso demuestra su talento artístico lo mismo en la salvaje figura de *Medea*, que en la triste y resignada de María Stuarda; lo mismo en *Camma* que en el papel delicado y difícilísimo igualmente para representarlo que para entenderlo, de *Mirra*. ¿Qué valen alguna que otra postura poco natural y alguna que otra escena en que la exageracion llega cerca de la caricatura, al lado de los sublimes momentos de inspiracion que tan á menudo nos ofrece la famosa trágica?

Y digo trágica, porque la tragedia es su verdadera especialidad. El FAZIO, drama de *Milmar* traducido por *Dall'ongaro*, que ojalá se hubiera quedado sin traducir y aun sin escribir, nos ha demostrado que en este género la Ristori nunca podrá agradar tanto como en el suyo: en la tragedia, ora sea de las lánguidas, que tanta fama han dado á Alfieri, ora de las mas animadas de los escritores modernos italianos. ¿A qué pues buscar laureles en un desierto quien los tiene en el jardín de su casa, del que es único dueño? Contétese la Ristori con la tragedia; en esta, ¿quién podrá lucir á su lado? La expresion de los sentimientos puramente trágicos tiene en ella un intérprete sin rival, y mucho mas aun que en los dulces y tiernos afectos, elevase en los trasportes de ira, de orgullo y de furor, en los cuales llega á lo sublime. Por otra parte, su rostro es distinto no solo en cada noche sino en cada acto y á cada momento; parece imposible que se pueda disponer, como ella dispone, de la palidez, del rubor y de las lágrimas. Su traje, siempre propio y sin mezcla de modernos adornos, parece ser el que usa diariamente. ¡Tanto es el desembarazo con que lo lleva! Si en María Stuarda es una copia viva de los retratos que se conservan de la desventurada reina, en *Mirra* es una verdadera doncella griega con su manto blanco de artísticos pliegues y sus cabellos caprichosamente recogidos.

Tal es en suma la Ristori: pronto la veremos en la comedia, en la cual se asegura tambien que es inimitable, y para la cual tiene un excelente compañero en el señor BELLOTI, director de la compañía, que es todo un buen gracioso.

Despues de pasarnos por los ojos el Tiempo los teatros, fué enseñándonos otros varios sucesos notables. Era uno de ellos la venida á esta córte del príncipe de Orange, heredero del trono de Holanda. Habiendo llegado á Valencia á bordo del vapor en que recorre nuestros puertos, despues de ver la ciudad del Cid, hizo una excursion á la Heróica Villa, que tal puede ahora llamarse este viaje, gracias al ferro-carril. S. A. encontró á su llegada á Madrid preparado alojamiento en el palacio del Casino de la Reina, con guardia de bandera, y coches de la casa real para conducirle, pero no aceptó este obsequio por viajar de incógnito; y los dias que ha permanecido entre nosotros ha estado alojado en la célebre fonda de la Vizcaina. — S. M. la reina dió en su honor una gran comida, y otra seguida de un pequeño baile el embajador de Francia. El príncipe ha visitado algunas curiosidades de la córte, y despues de pasar dos ó tres dias en el Escorial, se despidió de SS. MM., tomando nuevamente el camino de Valencia, donde se embarcó otra vez en el *Groningen*, para seguir sus expediciones marítimas.

Otro suceso ha excitado el interés de los madrileños en este mes. Condenado á muerte cierto individuo de la *Guardia Urbana*, por desacato á un sargento del mismo cuerpo, delito para el cual es muy severa la ordenanza, fué puesto en capilla segun costumbre. Pero las hermanas del infeliz reo corrieron á las puertas del teatro de la Zarzuela á implorar el perdon de S. M., que conmovida con sus lágrimas, las llamó á su palco, concediéndoles allí mismo el indulto que solicitaban. Cuéntase que la Ristori en el traje con que representaba la *Medea* se postró igualmente á los pies de S. M. á pedir la vida del mísero soldado.

Tambien en Roma ha colocado el Tiempo un acontecimiento digno de memoria para los españoles, que han tenido en él una parte interesante. Hablo de la inauguracion del monumento erigido en la plaza de España para memoria de la declaracion del dogma de la Inmaculada Concepcion. Su Santidad pasó con toda la pompa usada en semejantes casos á la embajada española, siendo recibido por nuestro representante, y despues de bendecir desde el balcón principal la estatua colocada en el centro de la *Piazza*, entregó al embajador el libro de oraciones que habia tenido en la mano durante la ceremonia para que lo remitiese á S. M. la reina, como prueba de aprecio y como recuerdo de la devocion que siempre tuvieron los españoles á la Virgen.

Acabadas las labores de la recoleccion, dedícanse los habitantes de los pueblos inmediatos á Madrid á la hollanza y al regocijo. El dia de la Virgen de setiembre, como ellos dicen, es el que destinan á echar penas á un lado, para lo cual celebran en todas partes corridas de novillos. Difícil es pues para quien no haya nacido en España formar idea aproximada de esta clase de regocijos populares, que conservan aun cierto sabor á las costumbres de los pueblos primitivos. — Cerrada la plaza del lugar con carretas, puertas y tablones, suéltase en ella un becerro, y á veces un toro mayor de edad, y chicos y grandes, viejos y mozos, lánzase á capearlo

como Dios les da á entender, recibiendo famosas costaladas, y alguna que otra vez un rasgoncillo en el reverso del pecho ó de la barriga. Villas hay tambien donde se acaba á tiros con el animalejo, y no pocas donde la carne de las reses lidiadas se cuece en la plaza al siguiente dia, y cada quisque armado de un zoquete de pan viene á coger por turno su racion de las inmensas calderas donde hierve.

En fin, otras varias cosas por este estilo iba mostrando el Tiempo, y despues de darnos el gusto de ver entrar eu España á la emperatriz Eugenia, que visitaba la ciudad de San Sebastian, siendo obsequiada por las autoridades como corresponde, pasó á enseñar sucesos propios del vecino imperio, los cuales no me importaban gran cosa. Por cuya razon me quité los anteojos, solté la pluma y dí con mi cuerpo en los colchones.

Madrid 30 de setiembre de 1857.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Revista de Paris.

En estos últimos tiempos se echa de ver en Paris que se va generalizando un poco la costumbre, ya muy antigua en otros pueblos, de apelar á la publicidad para contraer matrimonio. Las agencias donde se trata este asunto capital de la vida humana, se multiplican, y la cuarta página de los grandes diarios parisienses se halla esmaltada de avisos en que un jóven ofrece su mano y su posicion á una señorita de tales cualidades y tal dote, ó viceversa, pues el progreso que señalamos dice relacion con entrambos sexos. No obstante, falta muchísimo aun para que los franceses se pongan en este punto al nivel de los ingleses y de los alemanes, que saben llevar hasta una correspondencia amorosa en los periódicos. Un habitante de Lóndres que quiere dar un aviso á una persona que habita en Liverpool ó en Manchester, acude á las oficinas del «Times», y pone un aviso que mediante una señal convenida es reconocido por la persona á quien se dirige. Los diarios ofrecen toda seguridad para esta correspondencia así entendida.

Se pueden sacar historias enteras y verdaderas desde el prólogo hasta el desenlace, observando con atencion el movimiento epistolar de un periódico de Lóndres. Un articulista francés, M. P. de Ivoi, se ha entretenido en esta curiosa tarea, y del largo trabajo que ha dado á luz sobre varios periódicos ingleses y alemanes, tomamos nosotros esta historia abreviando sus detalles.

En la sala de una bonita casa de recreo en las márgenes del Rhin á pocas leguas de Colonia, tres personas se hallaban reunidas esperando impacientes la llegada de la «Gaceta.»

Estas tres personas eran un comerciante rico de aquella ciudad, su mujer que no habia llegado aun á los cuarenta años, y su hija, jóven fresca y rosada, de ojos azules, cabellos rubios y sedosos, y que apenas tocaba á las diez y siete primaveras.

Por fin entraron el periódico.

El padre se lanza sobre las cifras del cambio, de los artículos de comercio, etc., y luego recorre distraido la parte política de la «Gaceta.» La madre esperaba para leer el folletín, y la niña Rosalía se prometia encontrar otros informes.

Ahora toca decir que Rosalía habia bailado con un jóven llamado Federico. Federico la habia estrechado la mano, y ella habia correspondido suavemente á la tierna presion. En suma, durante las contralanzas, en vez de hablar del frio ó del calor, como es costumbre añeja, Federico habia declarado á Rosalía que la amaba ardientemente.

La jóven amó tambien, y un dia su galan la dijo:

— Mi querida Rosalía, eres muy rica y yo carezco de toda fortuna. Nunca tu padre consentirá en que nos casemos.

— Es verdad, contestó la niña que estaba muy segura de la oposicion paternal.

— Un medio me queda de ablandarle...

— ¿Cuál?

— El de hacerme rico tambien.

— Sin duda, pero ¿cómo lograrlo?

— Fácilmente: partiré mañana, mis padres me ayudarán á hacerme digno de tí, volveré con una riqueza: espérame.

Rosalía le tendió la mano.

— Sí, Federico, te esperaré.

Y el jóven se habia marchado.

Por esa razon Rosalía que se cuidaba muy poco de la cotizacion de la Bolsa, aguardaba impaciente la «Gaceta» que debia traerla noticias de su amante.

Con efecto, los jóvenes se habian prometido escribirse por ese diario, y á fin de no ser reconocidos, convinieron en llamarse Federico el piano y Rosalía la guitarra.

Rosalía arrancó el periódico á su padre, corrió á la cuarta página y leyó este aviso:

«El piano repite á la guitarra lo que la tiene dicho, que jura amarla siempre.»

La jóven fué muy dichosa durante algun tiempo, pero al cabo un dia leyó entre los anuncios de la «Gaceta»:

«El piano quiere ser rico para poderse casar con la guitarra. A fin de hacer fortuna está en vísperas de emprender un viaje del que depende su porvenir. Recomienda mucha paciencia á la guitarra. El piano la pertenece y la suplica de rodillas que le conserve intacto su corazon. Durante esta ausencia dolorosa el piano no pensará mas que en su guitarra.»

Desde aquel instante se acabó la felicidad para Rosalía. Federico marchaba lejos de ella, iba á emprender un viaje

largo, peligroso quizás, y luego en medio de las distracciones y de los negocios, ¿quién sabe si olvidaria su amor y sus juramentos!

A pesar de estas inquietudes la hermosa niña hizo firme propósito de no casarse con nadie sino con Federico.

Trascurrieron muchos meses: diariamente la jóven recorria la «Gaceta,» pero el vetusto periódico no hablaba nunca del piano interesante. Rosalía estaba desesperada.

Despues murió su padre; ella le lloró con amargura, pero sin dejar de pensar en Federico.

Sin embargo, Rosalía habia quedado muy rica, y por consiguiente habia muchos que pretendian su mano; ella los desengañaba lo mas pronto posible.

La madre que observaba aquella obstinacion en desparchar pretendientes, y que veia al mismo tiempo que la salud de su hija se alteraba, fue una mañana á su cuarto, se sentó al borde de su lecho, y la pidió que se explicara con ella, francamente, que la dijera el motivo de aquel dolor silencioso, pero fácil de adivinar.

Rosalía se arrojó en los brazos de su madre, se deshizo en lágrimas y sollozos, y al cabo levantándose con precipitacion, fue á tomar un legajo de «Gacetas de Colonia» y señaló á su madre la correspondencia del piano con la guitarra.

La madre no entendia.

— ¿Tendré que explicarte dijo que el piano es él y que la guitarra soy yo?

— Pero ¿quién es él?

— Federico.

— ¿Y el apellido cuál es?

— No se lo he preguntado; solo sé que se llama Federico.

— Pero, hija mia, hay Federicos á miles en el mundo.

— Para mí no hay mas que ese.

— ¿Cómo haríamos para decirle que tienes el consentimiento de tu madre y que puede venir cuando quiera?

— Escribiéndole.

— ¿Sin saber dónde está?

— Se envia el aviso á la «Gaceta de Colonia.»

La pobre jóven se imaginaba que esa buena Gaceta corre todo el globo. Las observaciones de su madre acabaron de desesperarla.

Desde aquel dia no era ya sola á mirar con detencion la página de anuncios de la «Gaceta,» pero la contestacion deseada no salia á luz.

Por fin, una tarde Rosalía habia pasado su revista de costumbre á los anuncios y dejaba caer el diario. Su madre le tomó, y al cabo de un instante lanzó un grito de gozo.

Rosalía saltó de su asiento, corrió á su madre y ambas leyeron lo que sigue:

«El piano está de vuelta despues de haber realizado sus esperanzas, excepto una, la principal de todas. Si la guitarra ha sido fiel al piano, tendrá la bondad de comunicárselo al momento.»

A la otra mañana la «Gaceta» contenia este aviso final: «La guitarra espera con impaciencia al piano.»

El piano corrió, la guitarra volvió á la vida y se celebraron las bodas. Lo primero que hicieron los jóvenes casados fué tomar diez suscripciones á la «Gaceta de Colonia» para recompensarla por la parte que habia tenido en su felicidad, y para indemnizarla de la supresion de la correspondencia entre el piano y la guitarra.

Las transformaciones de posicion social en Paris ocurren con tanta frecuencia y sobre todo con tal rapidez, que ya ni consiguen llamar por un momento la atencion pública. Y hablamos de los cambios en sentido favorable, pues los que produce la inexorable rueda de la fortuna en sentido contrario, ni en Paris ni en ninguna parte del mundo tienen eco. Casi se toma como una cosa natural que el que nació en los millones acabe en la miseria.

Sin embargo, hay casos en que la suerte próspera de un hombre puede sorprender al mas indiferente: hé aquí uno de ellos:

En un esquinazo de la calle Montorgueil se reunen diariamente todos los músicos ambulantes de Paris que sin empleo fijo esperan allí ajuste para un dia, una noche y á veces una hora. A ese mercado filarmónico acuden aquellos que necesitan una orquesta para una serenata, para una boda ó un baile; en dos minutos se forma allí lo que en Madrid llamamos una «murga.»

Una de estas bandas improvisadas se encontraba el juéves en los salones de una fonda famosa del Palacio Real, celebrando los desposorios de un jóven en posesion de una fortuna crecida que su casamiento aumentaba en proporciones considerables.

El músico mayor se creyó juguete de un sueño cuando descubrió al novio. No cabia duda; era un compañero que el año anterior aun habia pasado muchos meses con él esperando en la calle de Montorgueil á que la suerte le proporcionara el pan cotidiano. Pero ¿qué metamorfosis! El antiguo músico hambriento y mal vestido era ahora un jóven elegante, que se hallaba rodeado de amigos no menos florecientes, y cuyas buenas gracias todos se disputaban á porfia.

En uno de los entreactos del baile el músico se fue derecho al héroe de la fiesta y le dirigió la palabra; nuestro hombre tomó un aire de sorpresa.

— ¿No me reconoces? le preguntó.

— No por cierto, respondió despues de haberle mirado fijamente.

— Vaya, es que no te acomoda.

— Usted se equivoca, me tomá Vd. por otro.

— A fe mia que no.

— Repito que se engaña Vd.

— ¿Cómo!... ¿No eres X... el violinista?

— Silencio, no me llames así, he vuelto á tomar el nombre de mis antepasados; me llamo ***.

— ¡Ah! ¿con que al cabo me reconoces? Me alegro; el olvido entre amigos es cosa abominable. Pero has dejado el oficio segun parece.

— Sí.

— ¿Y has hecho fortuna?

— Bastante.

— ¿De qué modo?

— Yendo á la Bolsa y jugando, amigo mio.

— Pues nada. Te doy la enhorabuena: es lo único que queria.

— Mil gracias.

El ex-violinista explicó su cambio de estado muy afable, detallando cómo la suerte se le habia mostrado propicia en sus jugadas de Bolsa, y habia querido poner el sello á sus favores dándole por esposa una jóven adornada de las mejores prendas y dotada como una princesa. ¡Y todo en menos de un año! La confidencia se terminó con una propina que equivalia á cien veces el pago de la música.

Para concluir tenemos una historia maravillosa de fecha muy reciente.

Dos jóvenes esposos recién casados habian ido á pasar la luna de miel en una de esas casitas de recreo que tanto adornan las márgenes del Sena. En la flor de la vida y en una posicion brillante, veian en perspectiva un largo porvenir todo de color de rosa. Se amaban con delirio, y entre los repetidos juramentos de constancia y de amor que se hacian continuamente, pronunciaron esta promesa singular:

— El primero de los dos que muera, volverá y dará una señal al que sobreviva.

Hace pocas mañanas el esposo habia venido á caballo á Paris á fin de hacer ciertas diligencias; su ausencia debía durar hasta por la noche.

La jóven pasó la tarde en su jardin, y luego subió á la casa. La criada estaba fuera. Aunque era temprano, todo se hallaba muy silencioso en la vecindad; los aposentos se encontraban vacíos y alumbrados únicamente por la luna que acababa de salir entonces. Atravesó la alcoba; un ancho rayo de luz alumbraba la cama; sin querer volvió la vista y notó que el lecho estaba ocupado.

— ¡Cómo! ¿Has vuelto ya? preguntó.

Pero no recibió respuesta: se aproxima y distingue á su marido tendido cuan largo era, con los ojos medio cerrados, entreabierta la boca, el rostro cubierto de una espantosa palidez, los brazos estirados y el cuerpo inmóvil.

Le llama nuevamente; el silencio continúa: le pasa la mano y toca una piel fria como el hielo.

Asustada enciende una luz, corre á mirarle... ¡el lecho estaba vacío!

— ¿Me he vuelto loca? exclamó; ¿qué vision es esta?

Su corazon late tan fuerte, su cabeza se turba de tal modo, que no acierta á dar un paso; por fin el terror se apodera de ella y corre fuera de la casa, pero apenas ha puesto los piés en el campo cuando distingue unos hombres que se aproximan.

Marcha hácia ellos, y distingue que traen un herido tendido en un colchon.

— ¡Es mi marido! exclama con voz desgarradora.

Los hombres quieren alejarla diciéndola:

— No tenga Vd. cuidado, no es nada; se ha caido del caballo, pero el golpe no tendrá consecuencias funestas.

— Dejádme, dejádme, ¡yo os digo que está muerto! exclama la jóven con frenesí esforzándose por descubrir al herido.

Le descubrió, y halló un cadáver.

MARIANO URRABIETA.

Las maniobras y las diversiones del campo de Chalons.

Antes del 23 de setiembre, dia en que el emperador salió del campo de Chalons con direccion á Stuttgart, se verificaron cinco grandes maniobras militares, la última de ellas en presencia del duque de Cambridge, de lord Cardigan y de varios oficiales superiores austriacos, prusianos y rusos. Nada mas instructivo para las tropas que estos grandes simulacros; los soldados hallan aquí el movimiento, el ruido y el olor de la pólvora; no falta mas que la parte dramática para que la accion sea completa. Evidentemente estas maniobras deben tener un excelente resultado. Todo se ha previsto y combinado para darlas verosímil, de modo que son situaciones que pueden producirse, si no en totalidad, al menos en parte, y por la combinacion de sus diferentes movimientos concurren á formar los planes dictados por las circunstancias en tiempo de guerra. Los jefes se acostumbren á trabajar sobre el terreno, juzgan del efecto de las masas, aprenden á conocerlas y se familiarizan con los detalles infinitos que abraza cada operacion militar.

A pesar de estos trabajos serios de cada dia que absorben mucho tiempo y actividad, aun les queda bastante á los soldados para ocuparse en el perfeccionamiento de la instalacion y un poco tambien en sus diversiones. Ya se ha dado la última mano á los campamentos, y cubiertas las necesidades se piensa ahora en el lujo. El suelo de casi todas las tiendas tiene una capa de tierra cretosa que se endurece con el agua y preserva así á los hombres de toda humedad; las cailes se han aliandado, y han recibido nombres entre los cuales algunos han sido sugeridos por un pensamiento laudable. Así los soldados del 1º de ligeros han puesto á las diferentes calles de su campo los nombres de sus compañeros muertos en Malakoff.

En la gran calle central que tiene 6 kilómetros de

arga, se han puesto unos faros que alumbran á mucha distancia; aquí acuden los cantantes, y todas las noches se oyen coros bien ejecutados bajo la direccion de un profesor jefe de una banda de música. La muchedumbre hace corro y aplaude. Hay luego un café donde se canta, pero á este establecimiento solo acuden aquellos que tienen bien provista la bolsa.

La principal de las diversiones es el teatro del 1º de granaderos de la guardia, donde se representan las piececillas mas chistosas del repertorio parisiense. El emperador ha asistido mas de una vez á sus funciones y ha dado la señal de los aplausos.

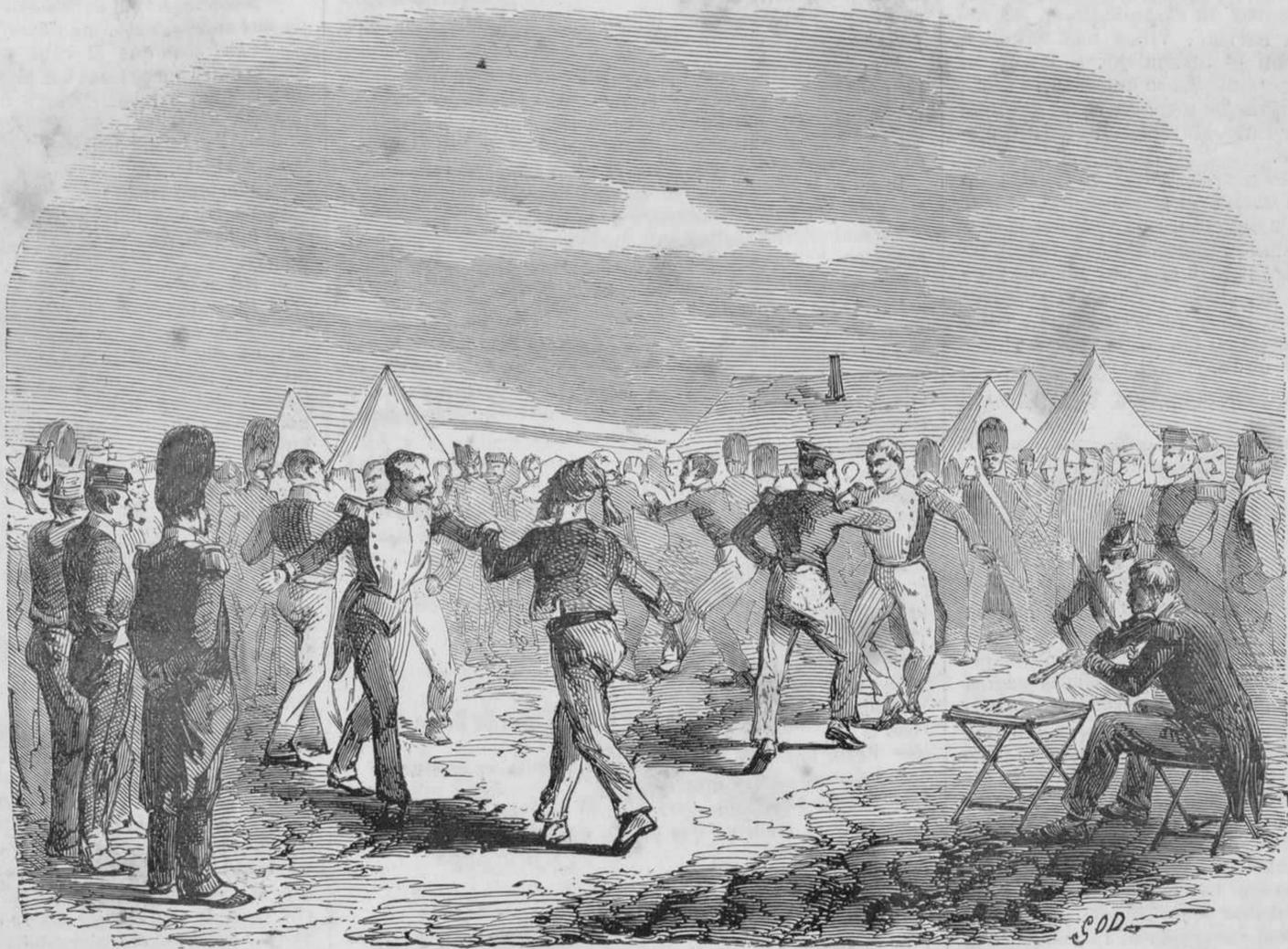
Uno de estos últimos dias otra escena quiso entrar en competencia con el teatro de los granaderos. Ochenta ó cien zuavos se habian vestido con piezas de tela blanca arregladas de modo que figuraban el traje árabe, y con ese disfraz ejecutaban un baile de un carácter poco conocido en la coreografía francesa, al ruido de una orquesta atronadora compuesta de flautas de caña y de tambores. La música y la danza tenian un sello muy original, y los *iu iu* repetidos con frecuencia recordaban perfectamente las fiestas árabes.

La novia envuelta de piés á cabeza en un velo que la ocultaba á todos los ojos, como se ve en la Argelia, estaba sentada en el suelo esperando el momento de ser conducida á la tienda nupcial, y unas matronas sentadas á su lado cantaban sus virtudes. La escena muy

bien desempeñada duraba hacia una hora cuando el emperador que se habia dignado honrar esta fiesta con su presencia se retiró. Entonces todos los actores armados con bugias y linternas como se hace en Africa en esas reuniones, acompañaron á S. M. hasta el cuartel imperial continuando la música y los cantos y lanzando el *iu iu*, expresion de gratitud y alegría.

Esta fiesta habria servido de tema para muchas conversaciones si cada dia algun nuevo placer no hubiese venido á recrear á la tropa.

que guardan la línea tienen mucho trabajo para contener á los curiosos. Es una severidad necesaria; pero la gente se dirige á las inmediaciones del cuartel imperial y allí pasa horas y horas hasta ver al emperador. Sobre todo á las horas del almuerzo y de la comida la multitud se aumenta en proporciones extraordinarias. El emperador recibe á sus convidados delante de su tienda, y se pasea un momento ante las personas que desean ver á S. M. La inauguracion del ferro-carril ha facilitado mucho la afluencia de gente.

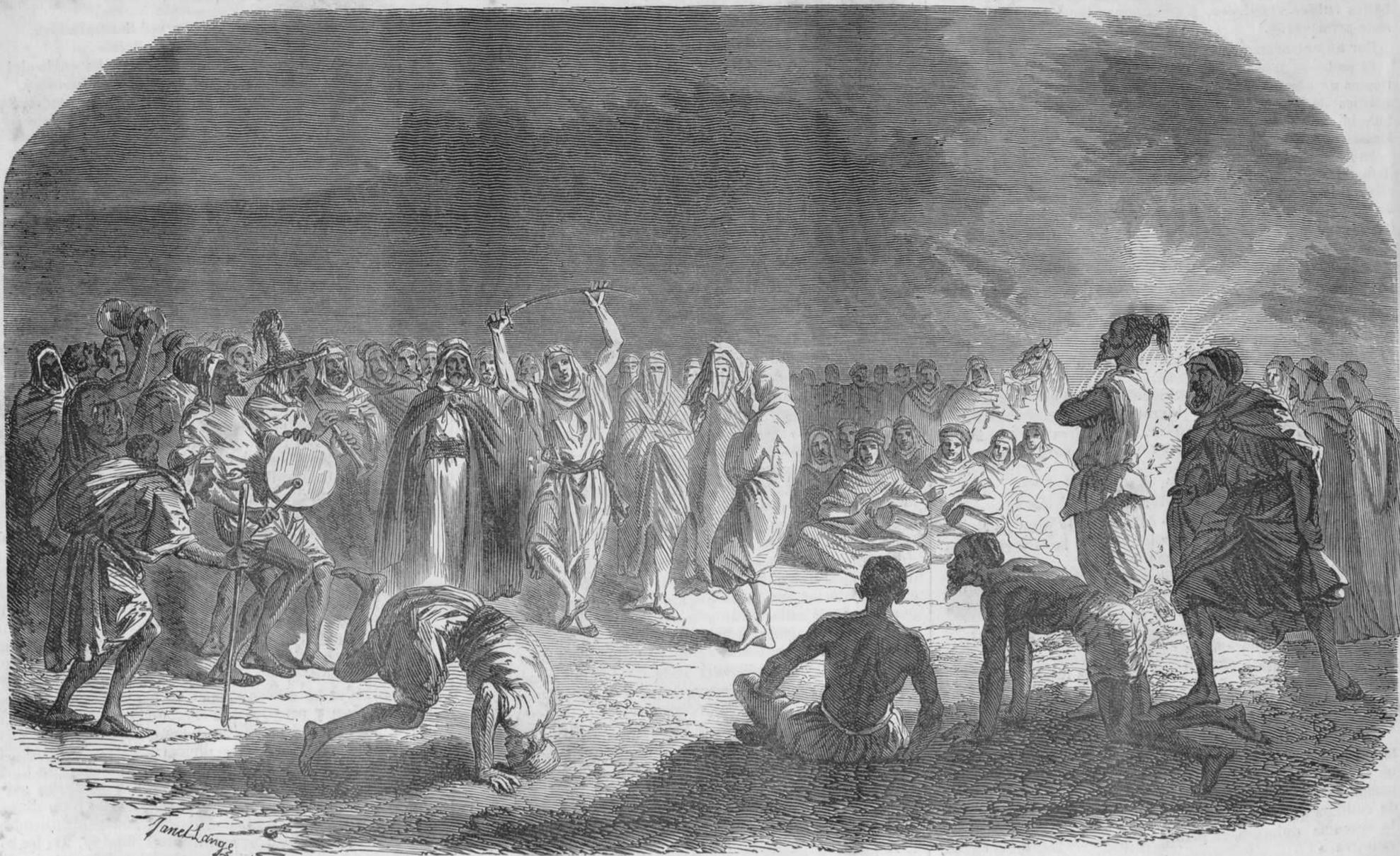


Campo de Chalons. — La contradanza de los Lanceros, bailada por los soldados.

A menudo hay bailes, y los soldados bailan con mucho garbo la contradanza de los lanceros. Cuando el tiempo lo permite, M. Godard se eleva en su globo y ejecuta ejercicios en su trapico; atraviesa el campo suspendido de una mano ó de un pié ó haciendo el molinete en torno de su barra. Asusta su audacia.

El emperador le pidió que hiciera una ascension ante el frente de cada regimiento; esto es para los soldados un bonito espectáculo tan instructivo como agradable. El número de los curiosos aumenta cada dia; los lugareños acuden en masa para asistir á una maniobra y sobre todo para ver al emperador. A menudo se ven muchos carros que se siguen en caravana, cada uno de ellos con una familia que acaba de andar diez y quince leguas; pasan un dia en el campo y se vuelven satisfechos.

A cada maniobra una muchedumbre considerable sigue los movimientos de la tropa, y los ginetes



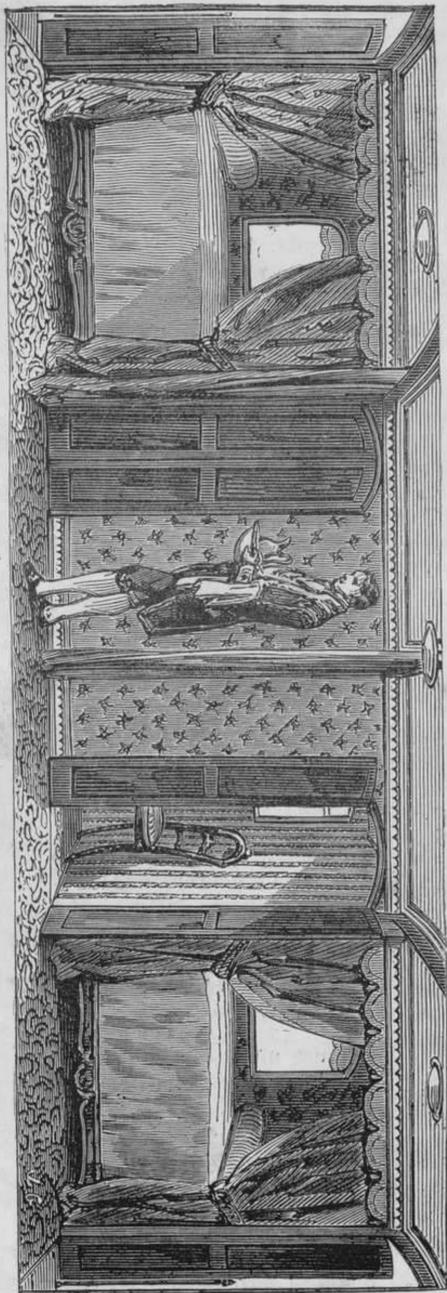
Fiesta de las bodas árabes, figurada por los zuavos del campo de Chalons.

Inauguracion

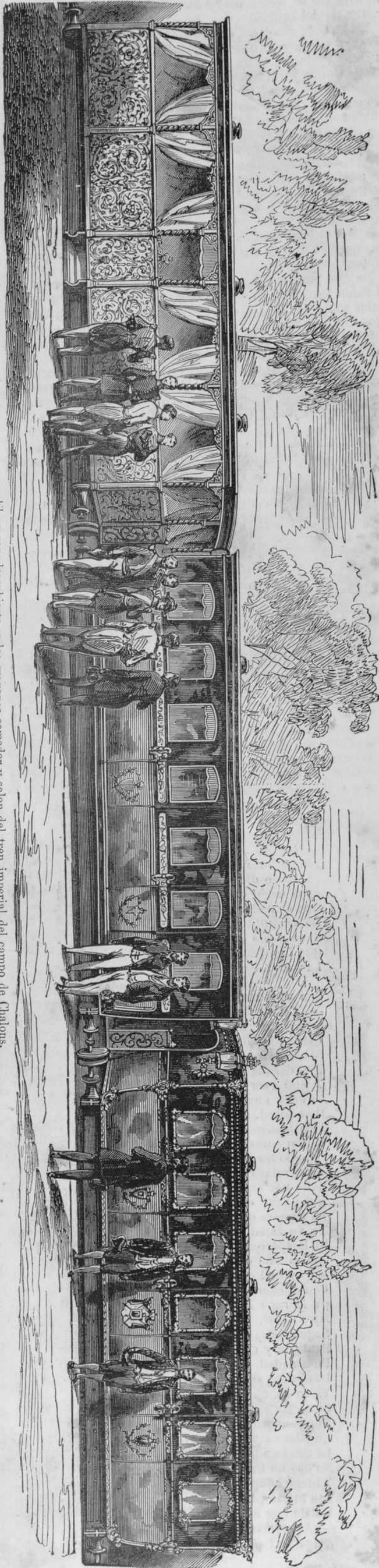
DEL FERRO-CARRIL DE CHALONS AL CAMPAMENTO. — EL TREN IMPERIAL.

El 15 de setiembre se inauguró con toda solemnidad un ferro-carril de 25 kilómetros que une á Chalons con el campamento, el cual ha sido decidido, concluido y entregado á la circulacion en sesenta dias. El emperador deseaba un ferro-carril que reuniera el campamento con la red de caminos del Este; al efecto mandó venir los ingenieros y administradores de la compañía, y les preguntó si era posible construirlo en dos meses. Todos se miraron, pero bien pronto respondieron: es muy difícil, pero es posible; bajo una condicion, y es que durante dos meses no habrá ministro de Obras Públicas, ni consejo de Estado, ni direccion de Puentes y Calzadas, ni prefecto del Marne, etc.

Bien respondido, dijo el emperador; y el dia siguiente estaba acordada la



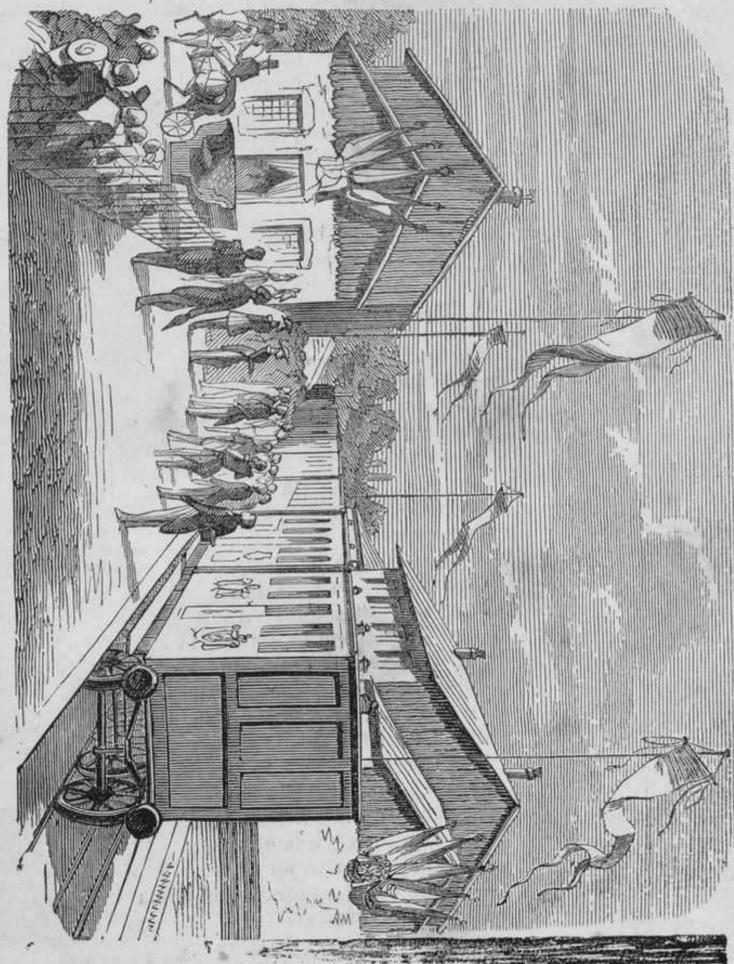
Interior de los dormitorios.



El wagon descubierto y los wagores comedor y salon del tren imperial del campo de Chalons.



El comedor.



Inauguracion del ferro-carril del campo de Chalons.



El salon.

concesion; á mediodia era aprobada por el consejo de Estado; á las tres se compraba la primera parte del terreno, porque no habia tiempo de expropiar y era preciso tratar amigablemente, y por la noche se daba el primer golpe de azadon. Bien pronto llegaron obreros de todos los puntos, de Prusia, de Bélgica, de Suiza, de diez departamentos de Francia, se pusieron á la obra, y á los sesenta dias la locomotriz andaba sobre una via de 25 kilómetros completamente terminada. El ferro-carril del campamento tiene numerosas obras de arte, y entre otras una estacada de carpintería de 600 metros de longitud, un puente sobre el Marne, otro sobre el canal lateral, otras dos estacadas en el valle de Vesle y en el de Cheneu, y una cantidad de otros trabajos de menos importancia. Tiene sus cercados, sus barreras de pasaje, su línea telegráfica, su embarcadero, su edificio para buffet, su depósito para las mercancías, su cochera para el ma-

terial de ruedas, todos los accesorios de un embarcadero importante, y todo eso se ha hecho en dos meses. De seguro, no se había hecho aun nada semejante en ningún país del mundo.

Pero no es eso solo: la compañía del Este hacia construir al mismo tiempo para el servicio del emperador una serie de wagones de un lujo fabuloso, de los que vamos á dar una descripción.

El tren imperial se compone de ocho wagones que comunican entre sí por medio de puentes. Algunos con cuatro sillones y un corredor en medio, se destinan para los oficiales de la comitiva del emperador. Un wagon especial sirve de comedor; por dentro es de encina esculpida realzada con filetes de oro; los sillones son de cuero adornado con dibujos. Luego viene un wagon-salon de un modelo enteramente nuevo: este es de hierro cincelado y calado. Los muebles son de valor, así como los tapices de Beauvais que hacen de portezuelas. Los divanes del wagon descubierto son de encina esculpida y de cuero. En el centro hay un gran canastillo lleno de flores.

De este wagon descubierto que sirve de paseo se pasa al salon imperial adornado de flores artísticamente pintadas sobre un fondo blanco. Las colgaduras y los muebles son de hermosa tapicería fondo blanco sobre el cual se destacan guirnalda de flores de un trabajo admirable.

Luego vienen dos dormitorios donde se ha desplegado un lujo extraordinario. En el primero hay á la derecha y á la izquierda dos camas cerradas con colgaduras de damasco de seda de color de violeta y dos gabinetes de tocador.

La otra alcoba dispuesta como la primera, tiene colgaduras de damasco azul. — En fin dos wagones como los de los oficiales de servicio están destinados para las camaristas de la emperatriz.

Por fuera estos wagones están pintados de color verde y oro. Todo su ornato es de mucha riqueza y elegancia.

La mancha de la mora.

I.

Señora Rita. ¿qué tiene
Su chico de usted? ¡Ay hija,
Parece que le han chupado
Las brujas!

— Señora Isidra,
No sé qué demontres tiene
Ese chico. Hace ocho días
Que apenas prueba el puchero
Por mas que una le predica.
— Pues, señora, el que no come
Tiene pena de la vida,
Como dijo el otro. Con que
No andarse con tonterías.
— Hija, yo no sé qué hacerle.
¡Jesus, estoy aburrida!
¡Y luego dicen que hijos!
Crea usted que mas valdria
Que el Señor se los llevara
De chiquititos. ¡Ay hija,
Si la dan á una mas guerra
Que Napoleon, si la quitan
La vida!...

— Y los de usted, vamos,
Son unas malvas benditas...

— ¡Calle usted por Dios, señora!
Se conoce que no lidia
Usted con ellos. Perico
Sobre todo, es de la misma
Piel del diablo. ¡Qué tragon
Y qué guerrero! La niña...

— Para guerreros, los míos.
Mire usted, señora Rita,
Esta mañana el Antonio
Disparó una carretilla
Cuando íbamos á almorzar,
Y espantada la minina
Saltó por cima la mesa
Y me echó el almuerzo encima,
De manera que me puso,
Ya ve usted, toda perdida
De lamparones la falda...

— Eso sale en la legia...
— ¡Ay qué criaturas! ¡Si estudian
Con el enemigo, hija!

¡Y la ropa que destrozan!
Mire usted, hace ocho días
Saqué de la tienda al Pepe
Pantalon y chaquetilla,
Pues andad, ya va enseñando
Los codos y las rodillas.
Ya se ve, no han de romper
Si no paran, si se tiran
Por los suelos, si parece
Que tienen azogue. ¡Frita
Le tienen á una la sangre!
No hay un Dios que los resista.
Y luego aquel, como tiene
Tan malas pulgas, se irrita
Y dale que ha de pegarles...
— ¡Ave María purísima!
¡Pegarles! ¡Pobres criaturas!

— Pues es claro, esa es la mia.
— Todos hemos sido niños
Y hemos hecho niñerías;
Pero volviendo á mi Paco,
Lo que me da mala espina
Es que está tan tustején...
— Mire usted, quién lo diria
Cuando antes alborotaban
El barrio sus seguidillas,
Cuando se estaba cantando
Todo el santísimo día.
— El pobre pasa la noche
Delira que te delira.
Anoche sin ir mas lejos
Fuí á su cuarto de puntillas
Para que no despertara;
Toqué su frente y tenia
Un calenturon lo mismo
Que un toro.

— ¡Dios nos asista!
¿Y está usted con esa calma?
— ¿Qué he de hacer?

— ¡Jesus Maria!
Llamar al instante un médico,
Que no hay juegos con la vida.
— Si no quiere oír hablar
De médicos ni botica.
— ¡Oiga usted!... Si estará malo
De... Dios me perdone, hija;
Pero son el enemigo
Estos muchachos del día;
Y luego esas mujeres
Los llaman y los matan
Y los engatusan y...
— Calle usted, señora Rita,
No diga usted disparates.
Mi chico en toda la vida
Ha pensado en mas mujeres
Que su novia. Si delira
Por ella. Bien es verdad
Que eso y aun mas todavia
Se merece la muchacha,
Que es de lo que no se estila,
Mejorando lo presente.
— ¿Y quién es?

— Toma, la chica
Del tio Lila.

— Señora,
La chica del tio Lila
Habla con el barberillo.
Lo menos hace ocho días
Que los veo yo á la reja
Muy metidos en harina.
— Hija, ¿qué me dice usted?
— Lo que usted oye.

— Pues hija,
Ya no hay que darle mas vueltas,
Lo que á mi chico anquila
Es pasion de ánimo.

— Toma,
Como usted es cristiana.

— Mira
La holgazana, la mocosa,
La puerca, la presumida,
Que pasa emperejilándose
La mayor parte del día
Y no sabe donde tiene
La mano derecha... Iba
Con ella aviado mi chico
Como hay Dios.

— Señora Rita,
¿Quiere usted que yo le dé
Una buena medicina
Para su chico?

— Señora,
No he de querer!

— Que se ria
De esa trasto, que busque otra
Y verá como la olvida,
«Pues la mancha de la mora
Con otra verde se quita.»

II.

— Hijo, vamos á comer.
— Esa cuchara es la mia.
— No, que es la mia.

— Embustera!
Dámela...

— Pues que lo diga
Madre.

— ¿Qué es eso? Ya andamos
De pelea?

— Es que me quita
Periquito mi cuchara.

— Es que es mia y muy remia.
— Vamos, dejarse de historias:

En la mesa como en misa.
— Pues que me dé mi cuchara

La Pepa.

— Dásela, hija,
Que este es lo mas testarudo...

Estáte quedo en la silla,
Condenado, que parece
Que tienes azogue!

— A Pepita

Le ha echado usted mas garbanzos
Que á mí.

— Pues toma! ¡La envidia
No te deja á tí engordar!
Así estás como la espina
De santa Lucía. Toma,
Que parece que en la vida
Te desayunas. Paquito,
Come, hijo mio. Principia,
Pues el comer y el rascar
Eso es lo que necesitan.
— Madre, si no tengo ganas,
Si aborrezco la comida...
— Anda, aunque no sea mas
Que un par de cucharaditas.
Si está tan rico el puchero...
Como que tiene morcilla.
— No tengo ganas.

— ¿Qué tienes?
Nada...

— ¡Qué suerte la mia!
¡Válgame Dios, estos hijos
Le quitan á una la vida!
Mira, Paco, vamos claros,
No andemos con tonterías:
Tú estás así porque habla
Con otro la Mariquita.
— Madre, diga usted que sí.
Anoche cuando venia
De jugar de la plazuela,
Vi al barberillo de ahí riba
Hablando por la ventana
Con la hija del tio Lila,
Y porque le digo: «Hablando
Con otro la Mariquita!
Yo se lo diré á mi hermano.»
Va el barberillo y me arrima
Una puntera.

— Los niños
Deben callar la boquita
Cuando hablan los grandes. Eh!
A jugar á la bohardilla.
— Déjeme usted rebañar
El puchero. Yo queria
Lo pegado.

— Tómalo!
No sé dónde tienes tripa...
¡Qué condenacion de chico!
Largo de aquí con la niña.
Con que, Paquito, ¿acerté
Porqué es tu melancolía?
— Si señora, por eso es.
— Pues la mejor medicina
Para tu mal, es que olvides
A esa veleta.

— En la vida
La podré olvidar. ¡Ay madre!
Estoy que me tiraria
Al Canal si no mirara
Que ustedes lo pasarian
Muy mal faltándoles yo.
— ¡El Señor no lo permita!
¡Ay hijo de mis entrañas!
Faltándoles tú, ¿qué harian
Tu madre y tus hermanitos
Que no tienen, desde el día
Que Dios se llevó á tu padre,
Otro amparo en esta vida.
Por Dios, olvida á esa falsa,
Que te quitas y nos quitas
La vida pensando en ella.
— Tiene usted razon. ¿Qué haria
Yo para olvidarla?

— ¿Qué?
Querer á otra mas digna
De tu cariño, hijo mio;
Que un muchacho de tu estima
Las encontrará á millares
Mas honradas y mas lindas.
— Pues bien, madre, haré la prueba,
Y Dios quiera que consiga
Vencer esta pasion de ánimo
Que me consume hace días.
— Vencerás, que con el tiempo
Todo, hijo mio, se olvida,
«Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.»

III.

«Vivo en el cuarto bajo,
Tú en el tercero,
Que junte nuestros cuartos
Dile al casero,
Que estando juntos
Ya no tendremos miedo
De los defuntos.

» Todos los que padezcan
De mal de amores,
Busquen buenas muchachas
Y no doctores,
Que al fin y al cabo
Todo clavo se saca
Con otro clavo.

» Muchos hay que defienden
La homeopatía,

Y yo soy uno de ellos,
Morena mia,
Que estando malo
Me curaste con ella...
¡Ay qué regalo!
»Cada vez que me acuerdo
De tu hermosura,
Vuelve, morena, á darme
La calentura.
Tómame el pulso,
Tómamele, morena,
Que estoy convulso.»

— Señora Rita, ¿quién es
El que echa esas seguidillas?
Qué! si hace hablar la guitarra!
¡Si parece un organista!
Lo que es yo, toda la noche
Oyéndole me estaría.
— ¿No le ha conocido usted?
Pues es mi Paquito.

— ¡Ay hija,
Ese chico es el demontre!
¡Qué seguidillas endilga!
— Donde le ve usted, las saca
De su cabeza toditas.
— Pues mire usted, no entendiendo
De componer, eso admira.
Hay muchos que sacan libros
Y no tienen tanta chispa.
Anda, ya vuelve á cantar.
¿No le han de querer las chicas
Teniendo esa habilidad
Y ese aquel que dan envidia?
— Ahí verá usted si era lés ima
Que se empleara en la hija
Del tío Lila un muchacho
De tanta sabiduría.
— Ya se ve que hubiera sido
Un dolor, señora Rita.
¿No se acordará ya de ella?
— ¡Qué se ha de acordar! Ni pizca
A Dios gracias. Ya ve usted
Si estarán él y la chica
Del cuarto tercero ciegos
Cuando se están todo el día
Echando coplas y flores
El de abajo, ella de arriba.
Como que piensan casarse
Para la pascua florida.
— Ella parece muy buena.
— Muy honrada, muy relimpia...
Y sobre todo unas manos...
Tiene unas manos divinas
Para todo: esta mañana
Nos mandó unas chucherías
De dulce hechas por su mano,
Y vaya, ¡eran lo que había
Que comer! Solo que apenas
Me descuidé en la cocina,
Me las birló casi todas
Perico... ¡Ay señora Isidra,
No sabe usted lo que pasa
Con ese chico! Su tripa
No se encuentra harta jamás
Y revienta el mejor día.
Pero volviendo á mi Paco,
Fué excelente medicina
La que usted le recetó,
Porque sino, se las lía
El hijo de mis entrañas.
No, pues lo que es él no olvida
La receta: está cantando
Todo el santísimo día
«Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.»

ANTONIO DE TRUEBA.

Una fuga dramática.

Aunque la fuga dramática y la fuga musical se diferencian en el fondo, se parecen no obstante en la forma, pues una y otra se fundan en un motivo y requieren un *contra motivo*.

La dificultad está en hallar un buen motivo, pero una imaginación volcánica encuentra fácilmente no solamente uno, sino varios, y todos, al parecer, justificados. El motivo de la fuga dramática no aparece siempre á primera vista, se oculta muchas veces con el mayor misterio, y en ese caso participa algún tanto del género llamado *cánon enigmático*. Con una fuga musical pueden lucirse los verdaderos profesores, mientras que los aprendices las estudian y se ejercitan escribiéndolas, como estudio práctico para iniciarse en los secretos del arte.

Los artistas célebres apelan con frecuencia á la fuga dramática, y no escasean tampoco las modulaciones para mudar de aires y trasladarse de un punto á otro. Los compositores tampoco ignoran que una fuga es con realidad una pieza de música fundada sobre ciertas reglas de imitación, y que puede ser libre ú obligada.

La siguiente anécdota es el mejor ejemplo que pudiéramos citar para que los inteligentes decidan á que género pertenece la fuga que la célebre cantatriz Julia

Grissi puso en práctica, para librarse de los caprichos tiránicos de un empresario avaro que la oprimía cuando contaba todavía pocos años de carrera teatral.

Nació esta notabilidad de nuestros días en Milan, en 1812, sin que en sus primeros años demostrase ningún síntoma que diera á conocer lo que mas tarde ha llegado á ser, pues sus dotes para el teatro lírico tardaron en revelarse, y la voz que poseía era escasa y no de muy buen timbre. Sin embargo, su hermana que, por el contrario, se había distinguido ya y triunfaba sin rivalidad ninguna en el teatro de Bolonia, quiso tener á su lado á Julia y no descansó hasta tanto que la hizo ingresar en la compañía.

Contaba la interesante Julia en aquella época diez y seis años, y como su voz era entonces de *mezzo-soprano* resolvieron que hiciera su primera aparición en el papel de Emma de la ópera *Zelmira*. Su inteligencia escénica, y el buen gusto con que cantó, produjeron muy buen efecto en el público, y el éxito fué completo. Rossini que la oyó, la presagió una brillante carrera.

Lanari, empresario del teatro de Florencia, comprendió al momento el partido que podría sacar de la joven cantatriz, y se propuso explotarla en provecho propio. Con ese objeto ofreció contratarla por seis años, y á pesar de que eran muy limitadas las ventajas consignadas en la escritura, se dió tal maña y empleó tales argucias, que al fin obtuvo el asentimiento de la interesada que cayó en el lazo, firmó y se puso en camino para Florencia, donde obtuvo, en la ópera *Montechi e Capuletti*, un resultado mas lisonjero todavía que en Bolonia. El entusiasmo fué grande, y Lanari, en particular, reboaba de placer porque preveía que todos los empresarios ambicionarian arrebatarse su presa. Así sucedió efectivamente, y después de sondear á los de mas responsabilidad, abdicó por último Lanari sus derechos, cediendo su tesoro artístico á Merelli, empresario á la sazón de la *Scala* de Milan, donde ocupaba el primer puesto la célebre Pasta, para quien Bellini estaba escribiendo *La Norma*.

Encargada Julia Grissi del papel de Adalgisa, contribuyó al felicísimo éxito de la nueva ópera y fué cada día mas aplaudida en los diferentes papeles de *comprimaria* que desempeñó durante la época de carnaval de 1832, siendo el mas importante, por los aplausos que la prodigó el público, el de Juana Seymour, en la ópera de Donizetti *Anna Bolena*.

La Pasta que desempeñaba en esta ópera la parte de protagonista, al llegar á la escena en que la infeliz reina, esposa de Enrique VIII, prorrumpe en amargas quejas contra su favorecida rival, la interpeló en cierta ocasión, *á sotto voce*, diciéndola después de terminar el dúo *Tu mia rivale*, «te se prepara una brillante carrera, tú heredarás mi puesto y serás una segunda Pasta.»

En otra ocasión, después de la misma escena, la dirigió las siguientes palabras, fijando en ella una de aquellas majestuosas miradas que arrebatan al público: «Mucha razón tiene Enrique, la dijo, en preferirte á mí; yo haría lo mismo si estuviera en su lugar.»

Terminada la época de carnaval, el empresario Merelli, que se prometía poder seguir explotando á la Grissi, volvió á contratar á la Pasta por veinte funciones mas, pero una mañana resultó que había desaparecido aquella sin dejar ninguna señal que pudiera servir de indicio para averiguar su paradero. Fueron inútiles cuantas tentativas se hicieron, y no se la encontró en ninguna parte. Adalgisa había huido sin despedirse siquiera de su querido Pollion; se trataba de una verdadera fuga.

Hé aquí lo que había sucedido:

Su hermana mayor, que cantaba entonces en Londres, había intentado conmovier el empedernido corazón de Lanari, proponiéndole que anulase la escritura que ligaba á Julia, ó modificase aquella en provecho de esta, introduciendo algunas bases menos tiránicas. Todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues resguardado el empresario con el derecho que le asistía para poder seguir explotando á la infeliz Julia, se negó absolutamente á escuchar ninguna clase de proposiciones. Entonces fue cuando su víctima resolvió apelar á la fuga, y para lograr sus fines quiso interesar en su favor al mismo Bellini.

Cierto día se dirigió á casa del malogrado compositor á quien dijo: — Puesto que Lanari es tan cruel conmigo, debo tomar una determinación y romper esta cadena que me liga con semejante hombre. He resuelto salir de Milan dentro de pocas horas, y vengo á proponeros que me acompañéis en mi fuga.

— ¡Cómo! exclamó Bellini: ¡Yo acompañaros! ¿Pues no conocéis que semejante determinación me indispondría con el empresario Merelli y con la misma Pasta? ¿Queréis marcharos? ¡Justo cielo! ¿Qué va á ser de la pobre Norma sin su Adalgisa, y con una *prima donna* justamente indignada? No haréis semejante cosa y desistireis de vuestro empeño, pues mi Norma ha de cantarse todavía muchas noches en la presente temporada.

Conoció Julia Grissi que era preciso disimular; calló, pero no desistió de su propósito, sino que por el contrario formó mayor empeño que antes.

Hallábase en aquella época en Milan el compositor Marliani que, sin ser tan célebre como Bellini, era menos egoísta y mas dispuesto á favorecer los intereses de la joven y bella cantatriz. Aceptó al momento, con entusiasmo, la responsabilidad que el autor de *Norma* había rechazado con cierta indignación; y aprobando el plan de la Grissi se puso á combinar los medios de poder salir de Italia, y llegar á Francia atravesando la Suiza. El padre de la heroína formó también parte de la conspiración, y aprovechando un día que no había espectáculo salieron misteriosamente todos tres con una cria-

da, y llegaron sin novedad particular á Bellinzona; pero allí tropezaron con una dificultad que no habían previsto. Carecían de pasaportes, y sin este requisito no podían los fugitivos salvar la frontera. Se reunieron en consejo, y Marliani propuso regresar á Milan para proveerse de pasaportes.

— No pueden haber notado nuestra ausencia, decía Marliani, pues no hay ópera esta noche, y aunque nos hayan echado de menos, podemos decir, y lo creerán, que hemos salido á pasear.

La Grissi que había escuchado á Marliani con cierta impaciencia respondió:

— Eres muy dueño de hacer lo que gustes, ya conoces el camino de Milan y puedes volver por donde has venido. En cuanto á mí, con pasaporte, ó sin él, he resuelto llegar á Francia. Cuando penetre en Suiza escribiré á mi hermana que está en relación con altos personajes y me facilitará el medio de poder llegar á Paris.

Marliani trató de disuadirla, haciéndola comprender los mil obstáculos con que iba á tropezar; pero fué inútil, porque á todos los argumentos mas ó menos fundados del *maestro* oponía la Grissi su irrevocable resolución. Felizmente se le ocurrió á Marliani el siguiente plan de fuga.

— Vuestra criada, dijo á la Grissi, posee un pasaporte que puede servirnos en la frontera. Ambas tienen Vds. sobra poco mas ó menos la misma edad, y hasta en la fisonomía de la sirvienta se nota alguna semejanza con la vuestra. Con ese pasaporte podeis, pues, continuar la fuga y esperarnos en un punto próximo de Suiza, mientras que nosotros volvemos á Milan y sacamos pasaportes para reunirnos todos juntos. Esta proposición de Marliani fué aprobada por unanimidad con gran júbilo. Apenas llegó la noche salió la Grissi de Bellinzona en una silla de posta que la trasladó muy pronto lejos de aquella población, lo que fué una fortuna para la joven artista, porque si hubiera permanecido allí mas tiempo se hubiesen frustrado todos sus planes.

Apenas había trascurrido media hora, cuando se presentó Lanari acompañado de algunos agentes de policía. El astuto empresario había sospechado que la Grissi tramaba una fuga y había acudido con los sabuesos en busca de su presa; pero era ya tarde. La Grissi había pasado la frontera, y los dependientes de la república helvética, al ver una señora sola, en una silla de posta, creyeron favorecer la evasión de alguna persona altamente comprometida en asuntos políticos.

Viéndose chasqueado Lanari, interpeló ágríamente á Marliani que no supo que responder, y el papá apeló á todos los santos del calendario para excusarse protestando de su inocencia en la participación de la fuga, y fingiendo ignorar la dirección que había tomado la bella fugitiva. En cuanto á la sirvienta, adoptó contra la costumbre de las criadas el mejor sistema posible, que fue callar, mientras que los agentes de policía se sonreían maliciosamente viendo la desesperación de Lanari.

Marliani sacó en Milan pasaporte y esperó una semana en Bellinzona, sin saber nada de la Grissi. Triste, inquieto, desesperado y cansado de aguardar, luchando entre el despecho y su pasión por la *prima donna*, se marchó de repente una mañana, sin despedirse siquiera de la criada. Felizmente tenía esta algunas relaciones en un punto inmediato á Bellinzona, y viéndose sola y abandonada de Marliani se reunió con unas amigas.

Mientras tanto la Grissi, á quien dejamos caminando en silla de posta, solo pensaba en salvarse poniendo el mayor número de leguas posibles entre el tirano censal y su persona; así es que no escribió como tenía ofrecido. Todo su afán era llegar á Paris, que consideraba su punto de salvación, é impresionada con esa idea fija se olvidó de Marliani. Tardó once días en llegar á la capital de Francia, atravesando montañas cubiertas de nieves, salvando muchos peligros y expuesta á cada momento á sufrir mil percances, embutida en un desvenecado carruaje tirado por escuálidos caballos. Pero no le abandonó un solo momento el valor, y conservó la mayor serenidad durante todo el viaje. Gracias á sus pocos años y á su naturaleza privilegiada, pudo arrostrar los mayores azares, sin que la intemperie, la imposibilidad de poder conciliar el sueño, ni las malas comidas alterasen su salud, siendo lo mas extraño que la voz no sufriera las fatales consecuencias de una fuga tan azarosa.

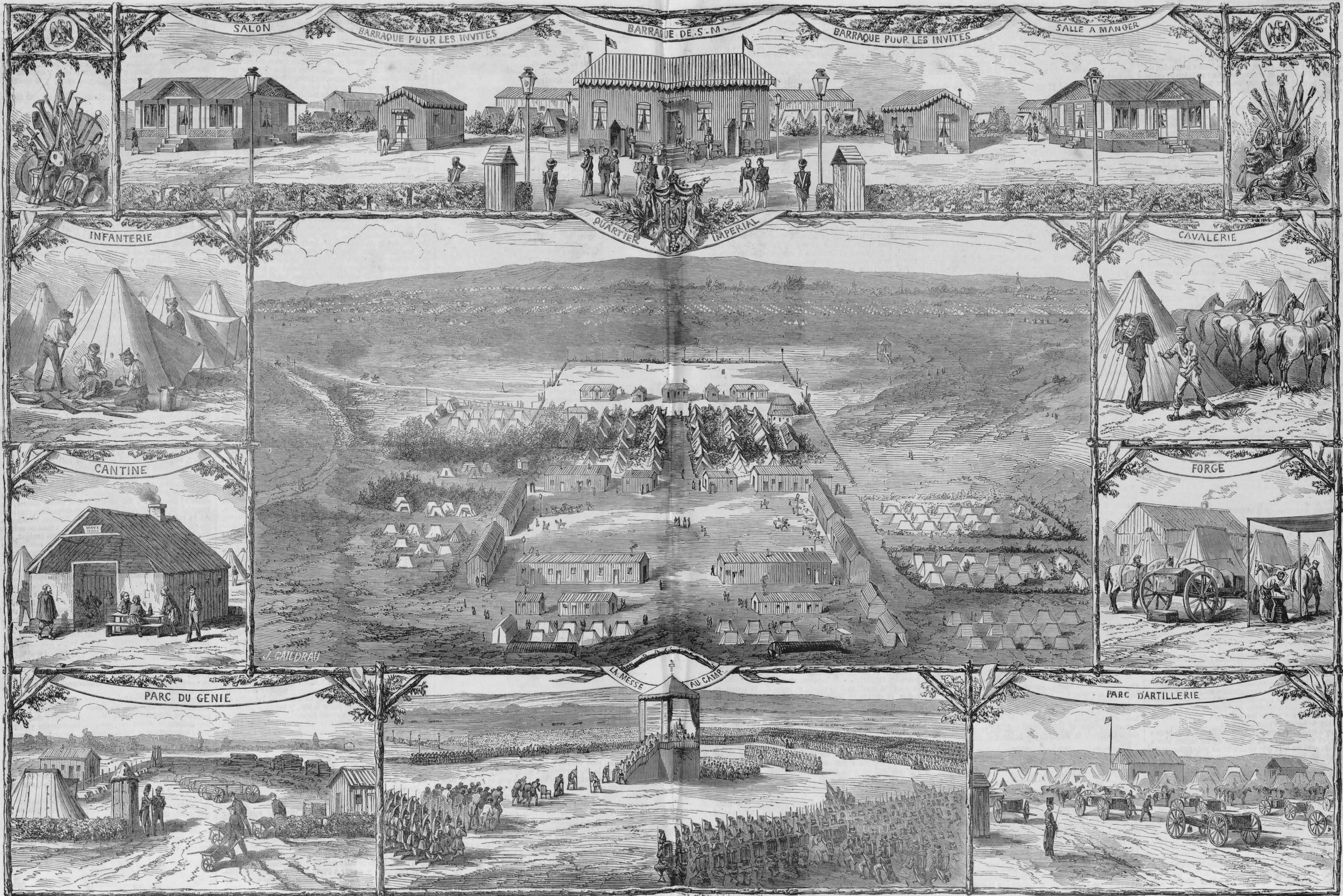
Tan pronto como entró en Paris se dirigió á casa de su hermana que acababa de llegar de Londres, y debía cantar en el teatro Italiano de la corte de Francia. Los dos artistas se abrazaron muy cariñosamente y refirió Julia todo cuanto le había sucedido. Aprobó la hermana mayor su determinación, y aquella misma noche fueron ambas á ver á Rossini que tenía entonces, asociado con Roberto Severini, la empresa de aquel teatro Italiano. El Cisne de Pésaro que deseaba una ocasión de demostrar su afecto á su antigua protegida de Bolonia, la escribió al momento, no como *comprimaria*, sino con la categoría de *prima donna*.

Desde aquel día se abrió para Julia Grissi una carrera de gloriosos y continuados triunfos artísticos que no ha terminado todavía.

La fuga quedó concluida desde el momento en que la protagonista se vió libre de las garras de Lanari, que nunca pudo consolarse de una resolución tan en *disonancia* con sus intereses.

R. DE E.

VISTA GENERAL DEL CAMPO DE CHALONS.



J. CALDRAU

EULALIA

POR M. E. ABOUT.

(Continuacion.)

Mantoux era un hombrecillo de treinta y cinco años, moreno, bien hecho y muy vivo. No había necesidad de mirarle dos veces para adivinar que su religion le mandaba celebrar el sábado. En sus ojos negros se leía una avaricia extremada, y su nariz era semejante al pico de un ave de rapiña.

Francisca le suplicó que fuera á la fonda á descerrar su maleta, y él acudió y llenó su cometido como hombre experimentado. Francisca le hizo conversar largamente. Le preguntó si estaba contento con su trabajo, y él respondió como un hombre hastiado de la vida.

Nada le había salido bien desde que estaba en el mundo; había servido como groom, y su amo le puso en la calle; entró de aprendiz en una manufactura, y la susceptibilidad de algunos parroquianos le puso en un apuro terrible. A veinte años se lanzó con algunos compañeros en una especulación soberbia; un trabajo de cerrajería en que todos los socios debían hacer su fortuna; pero á pesar de su celo y habilidad fracasó vergonzosamente, y estuvo remando diez años sin poder levantar-se de su caída.

Entonces le pusieron el nombre de Poca suerte.

Se vino á establecer á Corbeil despues de haber permanecido largo tiempo en el Mediodía. Las autoridades del pueblo le conocian perfectamente y se interesaban por él, tanto que á menudo se presentaba á visitarle el señor comisario de policía. Sin embargo el trabajo no abundaba en su establecimiento, y pocas casas le abrian sus puertas.

Francisca se apiadó de sus infortunios y le preguntó porqué no iba á buscar fortuna en otra parte.

La respuesta fué melancólica; dijo que no tenia recursos para viajar. Que se veia obligado á estar allí y tenia que buscarse la vida.

Francisca repuso:

— Yo entiendo de fisonomías, y conozco que sois un hombre de bien como yo soy una buena mujer. ¿Porqué no entráis á servir ya que conoceis el servicio? Yo me halló en Paris con una señora sola que me trata muy bien; quizás podria encontraros un acomodo.

— Os doy muchísimas gracias, contestó, pero me está prohibido residir en Paris.

— ¿Por el médico?

— Sí, tengo el pecho delicado.

— Pues justamente el acomodo no está en Paris, sino fuera de Francia, hácia la Turquía, en un país donde curan á los éticos poniéndolos á calentar al sol.

— Eso sí tomara si la casa es buena. Pero necesito muchas cosas para salir de Francia, dinero y papeles.

— ¿Y nada teneis?

— Nada absolutamente.

— Pues si agradais á mi señora se os procurará todo eso. Seria preciso venir á ver á Paris.

— Es difícil.

— Con una hora basta.

— En fin, veremos. Si el asunto me conviniera desearia sacar pasaporte con otro nombre. Ya estoy harto del mio que me ha proporcionado muchas desgracias.

— Teneis razon, debeis dejar aquí vuestro nombre. Hablaré á mi señora, y si el arreglo es posible, ya os escribiré.

Francisca volvió á Paris aquella misma tarde.

Mantoux (a Poca Suerte, creyó haber encontrado un genio bienhechor bajo el aspecto de una loba. Soñó portentos. Imaginóse que en un soplo se volvía un hombre rico y honrado, y que la Academia de Francia le otorgaba un premio de virtud de cincuenta mil francos de renta.

El lunes por la noche recibió una carta, y sin dar parte á la policía se puso en camino, y el martes muy temprano estaba en casa de la Chermidy. Se había cortado la barba y el pelo, pero Francisca no le preguntó los motivos.

El esplendor de la casa le deslumbró; la dignidad severa de la Chermidy le infundió el mayor respeto. La hermosa hribona había tomado un aire de procurador imperial; le hizo comparecer en su presencia, y le interrogó acerca de su pasado como una mujer á quien es imposible engañar. El hombre mintió como un prospecto, y ella tuvo buen cuidado de creer lo que la decia. Cuando suministró todos los informes apetecidos, la Chermidy le habló de esta manera:

— Voy á encargaros un puesto de confianza. Uno de mis amigos, el señor duque de la Torre de Embleuse busca un criado para su hija que se muere en país extranjero. Cobraris un buen salario durante un año ó dos, y tendreis 4,200 francos de renta vitalicia despues de la muerte de la enferma, que está desahuciada ya por todos los médicos de Paris. La familia os pagará el salario, y en cuanto á la renta ya os corre. Os portareis como un buen criado, y esperaréis con paciencia el término natural.

Mantoux juró que cuidaria á la señora como á una hermana, y que la obligaria á vivir un siglo.

— Está bien, repuso la Chermidy; nos servireis esta noche, y os presentaré al señor duque de la Torre de Embleuse. Os mostrareis á él tal como sois, y os respondo que os tomará.

Y añadió para sí:

— Suceda lo que quiera, este tunante verá en mí su víctima y no su cómplice.

Mantoux sirvió á la mesa no sin haber tomado una buena leccion de Francisca.

Los que comian eran cuatro; otros tantos criados habia para el servicio, de modo que el cerrajero no tuvo que mirar como se gobernaban.

De todos modos la Chermidy había pensado darle una leccion de toxicología; no juzgaba inútil enseñarle el empleo de los venenos, y había elegido hombres propios para el caso. Eran sus convidados un consejero del tribunal, un profesor de medicina, y el duque de la Torre de Embleuse.

Poco á poco llevó al doctor al capítulo de los venenos.

Los hombres que profesan esta materia delicada son generalmente avaros de su ciencia, pero á veces hablan comiendo. Un secreto que se guarda rigurosamente del público puede contarse en confidencia cuando el auditorio se compone de un gran señor y de una mujer bonita y millonaria.

Desgraciadamente para la Chermidy los venenos llegaron antes que el champaña. El doctor fué prudente, dijo muchas cosas, pero nada importante. No salió de las curiosidades arqueológicas, contó que la ciencia de los venenos no estaba en progreso, que habíamos perdido las recetas de Locusto, de Lucrecia Borgia, de Catalina de Médicis y de la marquesa de Brinvilliers; se condeñó riendo de la pérdida de tales secretos, del veneno fulminante del jóven británico, de los guantes perfumados de Juana de Albret, y de aquel licor casero que cambiaba el vino de Chipre en vino de Siracusa.

La Chermidy observó que el cerrajero escuchaba atentamente.

— Habladnos de los venenos modernos, dijo al doctor, de los venenos que se emplean en nuestros dias, de los venenos en actividad de servicio.

— ¡Ay! contestó el doctor, hemos bajado mucho. Lo difícil no es matar á las personas, cosa que se consigue con un pistoletazo, sino el matarlas sin dejar señales. Para esto es bueno el veneno, y aquí está su única ventaja sobre la pistola. Desgraciadamente á medida que se inventa un veneno nuevo, se descubre el modo de hacer constar su presencia. El ángel del bien tiene las alas tan largas como el genio del mal. El arsénico es un buen obrero, pero ahí está el aparato de Marsk que inspecciona su trabajo. La nicotina no es una invención necia, la estricnina es un producto recomendable, pero el señor consejero sabe lo mismo que yo que la estricnina y la nicotina han hallado sus reactivos correspondientes. Se ha adoptado el fósforo con una apariencia de razon, porque se decia: «El cuerpo humano contiene fósforo en bastante cantidad; si el análisis químico lo descubre, se puede responder que la naturaleza lo ha introducido.» Pero la falsedad del raciocinio está probada. En suma, no es difícil matar á una persona, pero es casi imposible hacerlo impunemente. Podria indicaros un medio de envenenar á veinticinco individuos á un tiempo, en un cuarto cerrado, sin darles ningun breva; el experimento no cuesta diez sueldos, pero el asesino daría luego su cabeza. Un químico de vasto entendimiento acaba de inventar una composicion sutil digna tambien de ser citada: rompiendo el tubo que la contiene, las personas caen como moscas. Pero es imposible persuadir á nadie que murieron de muerte natural.

— Doctor, preguntó la Chermidy, ¿qué es el ácido prúsico?

— El ácido prúsico ó cianhídrico es un veneno muy difícil de fabricar, y que no se puede comprar ni conservar puro, ni aun en vasijas negras.

— ¿Y deja señales?

— Magníficas. Tiñe á las personas de azul; así se ha descubierto el azul de Francia.

— Os estais burlando de nosotros, señor doctor: no respetais lo que hay de mas sagrado en el mundo, la curiosidad de una mujer. Me han hablado de un veneno de Africa ó de América que mata á los hombres en una picadura de alfiler. ¿Es una invención de los novelistas?

— No, es una invención de los salvajes, que le emplean en la punta de sus flechas. Bonito veneno, es el rayo en miniatura. Lo mas curioso es que se come impunemente. Los salvajes le emplean en las salsas y en los combates, en la guerra y en la cocina.

— Nos habeis dicho cómo se llama y no me acuerdo.

— No lo he dicho, pero estoy dispuesto á descubrirlos su nombre, es el *curare*. Se vende en Africa en las montañas de la Luna, y el mercader es un antropófago.

La Chermidy pagó una comida inútilmente.

El doctor guardó con cuidado el depósito terrible que todo médico lleva consigo.

Pero el duque se quedó encantado del recogimiento y de la atencion de Mantoux, y le tomó al servicio de su hija.

VIII.

DIAS APACIBLES.

Cuando se lee una Historia de la revolucion francesa, se sorprende uno al encontrar meses enteros de paz profunda y de una felicidad inalterable. Las pasiones están adormecidas, los odios descansan, se calman los temores, los partidos marchan fraternalmente dándose la mano, los enemigos se abrazan en la plaza pública. Estos tiempos bonancibles son como lugares de reposo preparados de distancia en distancia en un camino sangriento.

Iguales se encuentran en la vida mas agitada ó mas triste. Las revoluciones del alma y del cuerpo, las pasiones y las enfermedades tienen sus instantes de tregua. El hombre es un ser tan débil que no puede obrar

ni sufrir con continuidad. Si no se detuviera un poco de tiempo en tiempo, pronto consumiría sus fuerzas.

El verano de 1833 fue para Eulalia uno de esos momentos felices que tanto agradece la flaca naturaleza humana. A su beneficio recobró ánimo para las pruebas que tenia que soportar aun en este mundo.

El clima de las islas Jónicas es siempre dulce é igual; el invierno no es otra cosa que la transicion del otoño á la primavera, y los veranos son de una serenidad inalterable. De tiempo en tiempo una nube viajera pasa corriendo sobre las siete islas, pero sin detenerse. Tres meses hay que esperan una gota de agua. Es un paraíso árido, donde se desea la lluvia y no el buen tiempo.

Eulalia sin embargo, estaba contenta; allí se curaba lentamente. El doctor Le Bris asistia con los brazos cruzados á ese milagro del cielo azul; contemplaba la obra de la naturaleza y seguia con un interés apasionado la accion lenta de un poder superior al suyo. Era demasiado modesto para atribuirse el honor de la curacion, y confesaba de buena fe que la única medicina infalible es la que viene de la Providencia.

No obstante, para merecer la ayuda del cielo, ponía en juego todos los resortes de su saber. Mandó á pedir á Paris el iodómetro del doctor Chartroule con una provision de cigarrillos iodados. Estos cigarrillos compuestos de yerbas aromáticas y de plantas calmantes, puestas en infusion en una tintura de iodo, introducen el medicamento hasta los pulmones, acostumbran los órganos mas delicados á la presencia de un cuerpo extraño, y preparan el enfermo á aspirar el iodo puro á través de los tubos del aparato.

Por desgracia la maquinilla llegó hecha pedazos á pesar de que el mismo duque tuvo cuidado de encajonarla y fué llevada cuidadosamente por el nuevo criado. Hubo que pedir otra, y en esto pasó tiempo.

Al cabo de un mes de este tratamiento anodino, Eulalia experimentó una mejoría sensible. Estaba ya menos débil durante el dia; se paseaba un poco mas y se recostaba mucho menos en su lecho de descanso. Comia con algun apetito y tenia buen sueño. La fiebre nocturna se calmó, y los sudores que inundan á los tísicos disminuian un poco diariamente.

Tambien el corazón de la enferma entró en convalecencia. Su desesperacion, su mal humor con los que la cuidaban, se cambiaron en una melancolía suave y afable; tan feliz se encontraba al sentir su renacimiento, que habria querido dar gracias al cielo y á la tierra.

Los convalecientes son como unos niños que temiendo caer, se agarran á todo cuanto encuentran en su derredor. Eulalia suplicaba á sus amigos que no se apartasen de su lado, temia la soledad, queria ser alentada á cada instante.

Con frecuencia decia á la condesa:

— ¿No es verdad que voy mejor?

Y añadia mas bajo:

— Ya no me moriré.

La condesa respondia riendo:

— Si viniera la muerte á buscaros, yo la mostraria mi cara y echaria á correr.

La condesa se envanecía tanto con su fealdad como las otras mujeres con su hermosura. La coquetería tiene caprichos singulares.

El conde esperó con paciencia las buenas gracias de Eulalia. Era demasiado delicado y altanero á la vez para importunarle con sus atenciones, pero estaba siempre junto á ella dispuesto á dar el primer paso en cuanto ella se lo indicara con los ojos.

En breve Eulalia tomó la dulce costumbre de disfrutar del espectáculo de aquella amistad discreta y silenciosa. El conde tenia en su fealdad algo de heroico y de grande que las mujeres aprecian mas que lo bonito. No era de los que hacen conquistas, pero era de los que inspiran pasiones.

Su cara larga de color atezado, sus manos grandes y bronceadas resaltaban con cierto brillo sobre su traje de hilo blanco. Sus grandes ojos negros despedian destellos de dulzura y de bondad; su voz fuerte y metálica tenia por instantes inflexiones de una suavidad infinita. Eulalia acabó por hallar un parecido entre el conde y un leon domesticado.

Cuando se paseaba en el jardin bajo los naranjos, ó entre los tamarindos de la playa apoyada en el brazo de la anciana condesa ó llevando al niño de la mano, el conde la seguia de lejos sin afectacion, con un libro abierto. No tomaba el aire conocido de un enamorado y no confiaba suspiros á la playa. Habriase dicho que era un padre indulgente que quiere vigilar á sus hijos sin servirles de estorbo en sus juegos.

El cariño que profesaba á su mujer era una mezcla de compasion cristiana, de compasion por la flaqueza, y de ese gozo amargo que un hombre de corazon halla en el cumplimiento de sus mas penosos deberes. Quizás habia tambien un poco de orgullo legitimo. Es una hermosa victoria el arrancar de las garras de la muerte una presa segura, y crear de nuevo un ser que la enfermedad casi había destruido.

Los médicos conocen este placer y cobran una gran amistad á las personas que salvan en ese extremo; es como el tierno amor del Criador por su criatura.

El habito que todo lo vence, había acostumbrado á la jóven á hablar con su marido. Cuando dos personas se están viendo de dia y de noche no hay odio que resista; se hablan, se responden, esto no compromete, pero solo así es soportable la existencia.

Una tarde (era á mediados del mes de junio) se hallaba Eulalia tendida en el jardin sobre unas alfombras de Esmirna. La condesa viuda sentada á su lado repasaba maquinalmente las cuentas de un rosario de coral, y

el niño cogía las naranjas caídas de los árboles. El conde pasó a corta distancia con un libro en la mano. Eulalia se incorporó y le invitó a tomar un asiento. El obedeció al instante y se metió su libro en el bolsillo.

— ¿Qué lees? le preguntó.

El conde respondió sonrojándose como un niño cogido en un renuncio:

— Os vais a burlar de mí; es un libro griego.

— ¿Sabéis leer el griego? ¿Un hombre como vos ha podido divertirse en aprender el griego?

— Lo aprendí por una casualidad. Mi ayo habría podido ser un borrico como tantos otros, pero era un hombre de talento.

— ¿Y os agrada esa lectura?

— Me gusta mucho Homero; llego á la mitad de la *Odisea*.

Eulalia fingió que bostezaba.

— La he leído en una traducción; me acuerdo que en la portada había una espada y un casco.

— Entonces os sorprendería mucho si me la oyeráis leer en Homero; es otra cosa.

— Gracias, pero no me gustan las historias de batallas.

— No las hay en la *Odisea*. Es una novela de costumbres, la primera que se haya escrito, y quizá la mejor. Los autores en boga no inventarán jamás nada más interesante que la historia de aquel hacendado campesino que dejó su casa por ganar dinero, que vuelve al cabo de veinte años de ausencia, encuentra una nube de tunantes instalados en su habitación para cortejar á su mujer y comerse su hacienda, y los mata á flechazos. He ahí un drama verdadero donde se encuentra todo lo que puede interesar al público. El único defecto de esa historia es que siempre nos la han traducido con mucho énfasis. Han cambiado en otros tantos reyes los jóvenes palurdos que sitiaban á Penélope; han convertido la alquería en palacio, y han sembrado el oro por todas partes. Si me atreviera á traduciros una página nada más, os quedaríais maravillada de la verdad familiar y sencilla de esa narración; veríais con qué júbilo el poeta habla del vino tinto y de la carne sustanciosa; cómo admira las puertas que cierran bien y las tablas bien lisas. Veríais sobre todo con cuánta exactitud está descrita la naturaleza, y en mi libro encontraríais la imagen del mar, el cielo y el jardín que tenemos delante de los ojos.

— Probemos, dijo Eulalia, ya notareis cuando me duerma.

El conde obedeció y se puso á traducir el primer canto. Acertó con ese hermoso estilo homérico, más rico y lleno de colores que las telas más brillantes de Damasco ó de Beyrouth. Su traducción debía ser muy libre puesto que no entendía bien todas las palabras, pero se entendía perfectamente con el poeta. Evitó algunos pasajes largos, desarrolló á su manera algunos otros, y añadió al texto un comentario inteligente. En suma, interesó á su auditorio, si se exceptúa al niño que gritaba á mas no poder para interrumpir la lectura.

Los niños son como los pájaros; cuando se habla delante de ellos cantan.

No sé si los jóvenes esposos llegaron hasta el fin de la *Odisea*, pero lo cierto es que el conde halló el recurso de despertar el interés de Eulalia, lo que valía muchísimo.

La joven tomó la costumbre de oírle leer y de complacerse en su compañía. No tardó en considerarle como un hombre de entendimiento. El era demasiado tímido para hablar en su propio nombre, pero la vecindad de un gran poeta le daba osadía, y sus ideas personales iban abriéndose camino bajo la protección de los pensamientos ajenos.

Cervantes, Ariosto, el Dante, Shakspeare, fueron los sublimes mediadores que se encargaron de poner en contacto aquellas dos almas y de encender entre ellas el cariño. Eulalia no se sintió humillada en manera alguna con su ignorancia ante la superioridad de su marido; una mujer se regocija de no ser nada en comparación del hombre á quien ama.

Adoptaron pues, la costumbre de vivir juntos y de reunirse en el jardín para conversar y leer. El encanto de estas reuniones no estaba en su alegría, sino en cierta serenidad apacible y amistosa que en ellas reinaba.

El conde no sabía reír, y la risa de su madre, más que risa, parecía un gesto nervioso. Así el doctor, hombre francote y alegre, daba una nota falsa cuando sazonaba la conversación con algún chiste.

Eulalia tosía á menudo, y conservaba siempre en su rostro la expresión inquieta que da la proximidad de la muerte. Y sin embargo, aquellos días eran los primeros felices que pasaba en su juventud.

¿Cuántas veces en aquella intimidad de la vida de familia llegó á turbar el recuerdo de la Chermidy el espíritu del conde? Nadie lo ha sabido, y no me atrevería á decirlo yo. Es probable que la soledad, la ociosidad, la privación de los placeres vivos en que el hombre se gasta, en fin, la savia de la primavera que lo mismo sube á la frente de los hombres que á las copas de los árboles, le hicieron deplorar más de una vez la noble resolución que había tomado. Los trapenses que vuelven la espalda al mundo después de haber disfrutado de él, encuentran en el fondo del claustro armas dispuestas contra las tentaciones del pasado, y son el ayuno, la oración y un régimen bastante severo para matar la carne. Quizá hay más mérito en combatir como Villanera, esto es, en combatir sin armas.

El doctor Le Bris no le perdía de vista como se hace con un enfermo á quien se quiere preservar de una recaída. Le hablaba rara vez de París y jamás de la Chermidy. Leyó en un periódico francés que la *Nayade* ha-

bia ido á Ky-Tcheon en los mares del Japon, armada en guerra para pedir reparación por un insulto hecho á unos misioneros franceses, y desgarró el papel en mil pedazos á fin de que no saliera á relucir aquel nombre.

Hay horas en Oriente en que la brisa del Mediodía embriaga los sentidos del hombre con más fuerza que el vino de Tinos que se bebe con el nombre de Malvasía; el corazón se derrite como una cera, la voluntad y el espíritu están desfallecidos. Se quiere pensar, y las ideas se escapan como el agua huye entre los dedos. Se va á buscar un libro, un libro amigo; se lee en él; los ojos se extravían á los primeros versos, los párpados se abren y se cierran por sí. En esas horas de apacible quietud nuestros corazones se abren solos. Las virtudes fuertes triunfan á poca costa cuando el fin de diciembre nos encoge las fibras de la carne y de la voluntad; pero cuando los jazmines siembran su áspero perfume en nuestro derredor, cuando las flores del laurel-rosa llueven sobre nuestra cabeza, cuando los pinos movidos por el viento resuenan como liras y que las velas blancas se dibujan á lo lejos en la mar, es preciso ser muy sordo y muy ciego para ver otra cosa que el amor.

El conde notó un día que Eulalia había cambiado favorablemente, sus mejillas no estaban tan hundidas, y todos los surcos de aquel lindo rostro se llenaban, los pliegues siniestros comenzaban á borrarse. Un color más sano resplandecía en su hermosa frente, y sus cabellos de oro no eran ya la corona de una muerta.

Acababa de oír leer mucho rato, el cansancio y el sueño la habían vencido, su cabeza se había inclinado hácia atrás, y todo el cuerpo se encontraba apoyado en el brazo del sillón.

El conde dejó el libro en el suelo, se acercó suavemente, se puso de rodillas ante la joven y adelantó sus labios para besarla en la frente, pero un instinto de delicadeza le contuvo. Por primera vez pensó horrorizándose en las circunstancias de su casamiento, se avergonzó profundamente, se dijo que un beso obtenido por sorpresa sería como un crimen, y se propuso no amar á su mujer hasta el día en que supiera que era amado.

Los habitantes de la villa Dandolo no vivían ya en una soledad tan completa como podría suponerse. El aislamiento no se encuentra sino en las grandes ciudades donde cada cual vive para sí, sin acordarse de su vecino. En el campo los más indiferentes se tratan; nadie teme el viaje de una hora, el hombre sabe que ha nacido para la sociedad y busca la conversación de sus semejantes.

Pocos días pasaban sin que Eulalia recibiera alguna visita. Al principio iban á verla por curiosidad, luego por interés, y al fin por amistad. Aquel rincón de la isla estaba habitado en todas las estaciones por cinco ó seis familias modestas que habrían sido pobres en la ciudad, y que no carecían de nada en sus tierras porque sabían contentarse con poco.

Sus palacios estaban ruinosos y carecían de dinero para restaurarlos, pero mantenían cuidadosamente en la puerta de entrada un escudo contemporáneo de las cruzadas. Las islas Jónicas son como el barrio de la nobleza del Oriente; allí se encuentran las virtudes y las pequeñeces de la gente grande, orgullo, dignidad, pobreza decente y laboriosa, y cierta elegancia en la vida más humilde.

El dueño de la villa, el conde Dandolo, pertenecía á la nobleza más encumbrada. Era un hombrecillo vivo y perspicaz, muy al corriente de los sucesos políticos, vacilante entre el partido griego y la influencia inglesa, pero inclinado á la oposición y siempre dispuesto á juzgar con severidad los actos del lord comisario. Excelente hombre que gasta más actividad que un capitán de un buque velero para navegar en torno de un vaso de agua.

Su hijo Spiro, un hermoso joven de treinta años, se ha dejado conquistar á las ideas inglesas como toda la nueva generación. Frecuenta los oficiales y se muestra con ellos en los palcos de los teatros.

Los Dandolo podrían vivir espléndidamente si hallaran quien les comprase sus haciendas; pero en Corfu los habitantes son tan pobres como es rico su suelo. Cada cual está dispuesto á vender, pero nadie piensa en comprar. El conde y Spiro hablan igualmente las tres lenguas del país, inglés, griego é italiano; además saben el francés, y su amistad fué muy preciosa para Eulalia. Spiro se interesaba por la hermosa enferma con todo el ardor de un hombre desocupado.

Solia llevar á veces á un amigo suyo, el doctor Delviniotis, profesor de química en la facultad de Corfu. Delviniotis había consagrado á la enferma una amistad profunda, y esto porque tenía una hija de la misma edad. Daba sus consejos al doctor Le Bris, hablaba en italiano con el conde y la condesa viuda, y deploraba no saber francés para estrechar sus relaciones con Eulalia. Pasaba horas enteras sentado delante de ella buscando una frase ó mirándola sin decir nada, con esa urbanidad silenciosa que reina en todo el Oriente.

El hombre más alegre de la compañía era un viejo francés establecido en Corfu desde 1814, el capitán Bretignieres, que había dejado el servicio á los veinticuatro años con una pensión de retiro y una pierna de palo. Alto y delgado, cojeaba valientemente, bebía bastante y se reía á carcajadas. Una legua andaba á pié para ir á comer á la villa Dandolo; contaba historias militares, se atusaba el bigote y sostenía que las islas Jónicas debían pertenecer á la Francia. Era un convidado muy precioso, porque su buen humor animaba la casa.

Eulalia comía siempre con buen apetito cuando el

capitán estaba allí. El amable cojo, tan apegado á la vida, la deslumbraba con dulces esperanzas, y la obligaba á creer en el porvenir. M. Bretignieres tuteaba al niño, le llamaba mi general, y le hacía dar saltos sobre sus rodillas. Besaba con gracia las manos de la enferma, y la servía con la atención de un page anciano ó de un trovador fuera de servicio.

Otro admirador de distinta escuela tenía en la persona de M. Steveno, juez de instrucción del tribunal real de Corfu. Este honorable magistrado empleaba en los cuidados de su cuerpo un sueldo anual de mil libras esterlinas. No podía verse un hombre más limpio, más repleto, más brillante. Egoísta como todos los solteros, serio como todos los magistrados, flemático como todos los ingleses, ocultaba en su robusta y plácida persona cierta dosis de sensibilidad. La salud le parecía el más precioso de todos los bienes. Había conocido al joven inglés de Pompeya, y había seguido de cerca todas las diferentes fases de su curación. Contaba sencillamente que no le inspiró la mayor simpatía aquel pobre ser pálido y moribundo, pero que le fué queriendo conforme iba volviendo á la vida, y que el día en que pudo estrecharle la mano sin hacerle gritar, fué su amigo íntimo.

Esta fué también la historia de su amistad con Eulalia. Evitó su trato mientras la creyó condenada á muerte; pero así que le pareció que se instalaba en este mundo, la abrió su corazón con grande era.

Los vecinos más próximos de la casa eran la baronesa de Vitre y su hijo, que en breve llegaron á ser de los íntimos de la familia.

La baronesa de Vitre era una normanda que se había refugiado en Corfu con los restos de su fortuna. Como evitaba contar su historia, nunca llegó á saberse cuáles fueron los sucesos que la habían llevado tan lejos de su país. Lo que era evidente es que vivía con mucho decoro, y que educaba muy bien á su hijo. Tenía cuarenta y ocho años y una hermosura poco común, y se ocupaba de sus faenas domésticas, de sus olivares y de su querido Gaston con una actividad silenciosa y un celo natural que descubría su raza. La grandeza es un don que se revela en todas las situaciones de la vida y en los teatros más diversos; se muestra lo mismo en el trabajo que en el reposo, y no brilla más en un salón que en el corral de una alquería.

La baronesa entre sus dos criadas, vestida como ellas con el traje nacional, que se parece al hábito de las carmelitas, parecía tan imponente como una matrona romana.

Gaston de Vitre, hermoso como una joven de veinte años, llevaba la vida ruda y ocupada de un noble campesino. Trabajaba con sus propias manos, podaba los árboles, recogía las naranjas, y cortaba el cercado de granados cuyos rojos frutos se abrían al sol.

Por la mañana corría sobre el rocío con la escopeta al hombro para matar zorzales, y por la noche leía con su madre, que fué su profesor en el desarrollo de su entendimiento. Sin cuidado tocante al porvenir, ignorante de las cosas del mundo, y con sus pensamientos encerrados en el horizonte que limitaba sus miradas, todos sus placeres consistían en una buena caza, una lectura de Lamartine ó un paseo por el mar en su barquilla; era un corazón virgen, un alma enteramente nueva.

Cuando su madre le llevó á la villa Dandolo, notó por primera vez que era un ignorante; se sonrojó al pensar en la ociosidad en que había vivido, y sintió no haber estudiado la medicina.

En el campo las visitas son siempre muy largas. Se tiene que andar tanto camino para hacerlas, que cuesta trabajo marcharse. Los Dandolo y los Vitre, el doctor Delviniotis, el juez y el capitán solían pasar días enteros al lado de la hermosa convaleciente.

Eulalia los detenía con júbilo sin darse cuenta del motivo secreto que la hacía obrar de aquel modo. Ya principiaba á evitar las ocasiones de hallarse sola con su marido. Así como el amor declarado huye los importunos y busca la soledad, así el amor naciente quiere la multitud y las distracciones. En cuanto principiáramos á sentirnos poseídos por otro, nos parece que los extraños y los indiferentes nos protegen contra nuestra flaqueza, y que si nos dejaran, nos quedaríamos indefensos.

La condesa viuda fomentaba sin saberlo este deseo secreto de la joven. Hacía estar mucho tiempo á la baronesa, con quien se ligaba más de día en día.

(Se continuará.)

Excursion

Á TOURNOUX, VALLE DE UBAYE (BAJOS-ALPES).

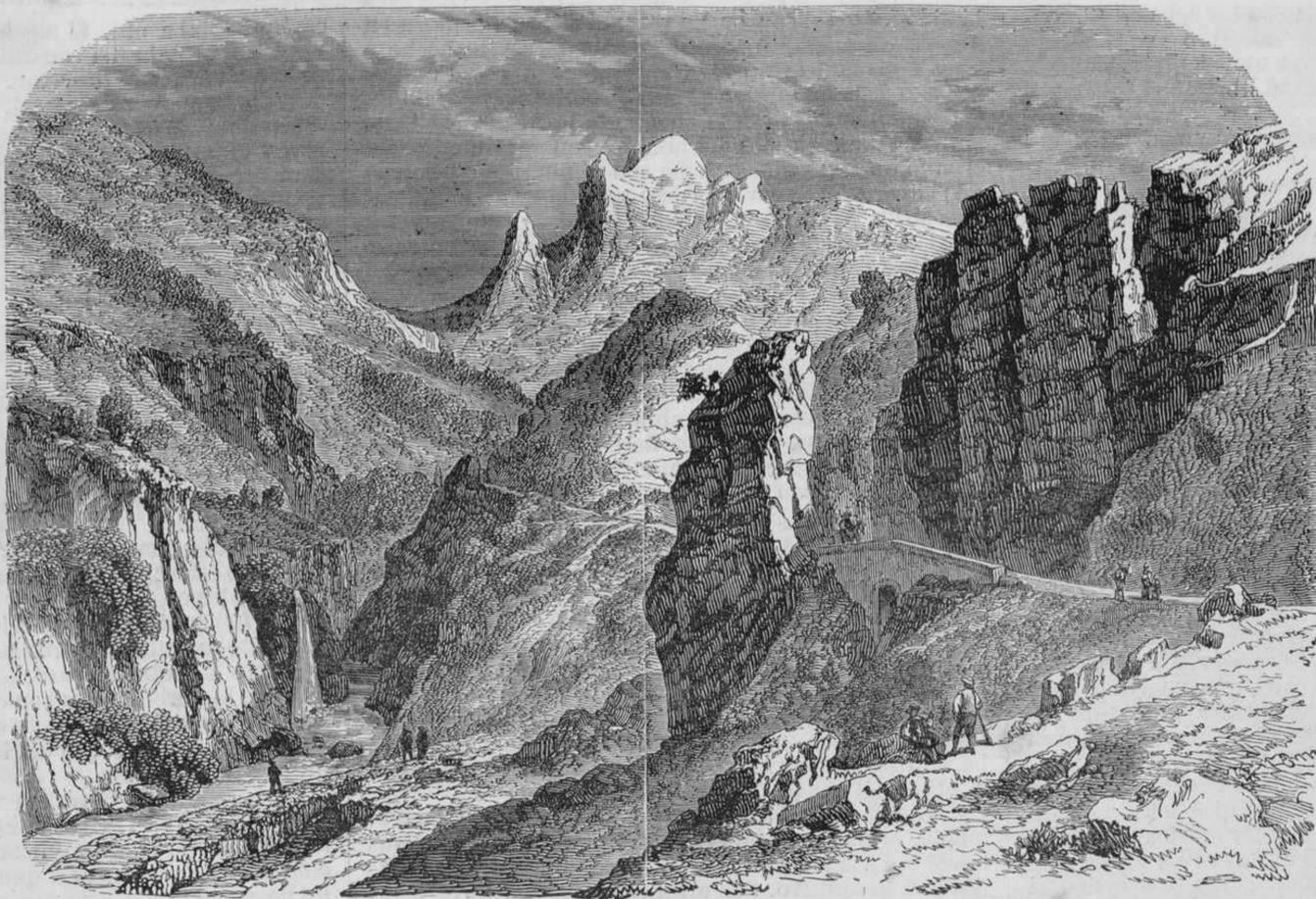
Acabo de recorrer un valle encantador que recuerda los sitios más afamados de la Suiza. Los Alpes de Francia encierran lugares deliciosos, tanto como los que pueden encontrarse en Suiza, ese país clásico de los viajeros.

Como de rigor salí una hermosa mañana de Embrun para mi excursión con un compañero de camino. Pasamos sin detenernos la aldea de las Crottes, sumergida aun en la sombra y en el sueño, y luego vimos Savine, bonito pueblecillo situado arriba del Durance, bajo cuyo puente de hierro pasaron el año último todos los puentes del valle que iban sin duda á celebrar un inmenso congreso en el Mediterráneo. Desde allí el camino principia á elevarse en la montaña.

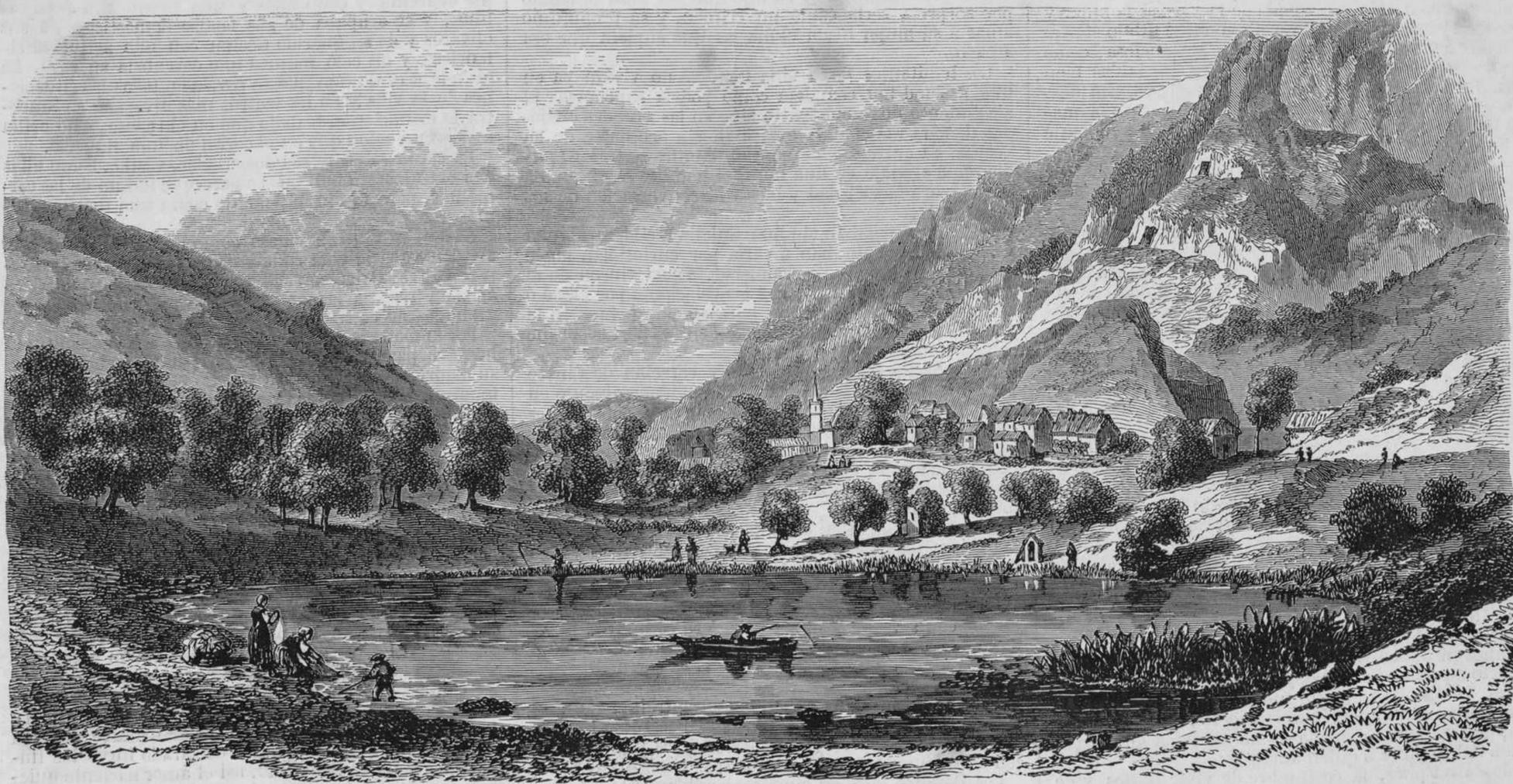
En breve llegamos á Pontis, lugar encajonado en la

montaña á la falda del viejo Morgon, en medio de hermosas encinas y de abetos esbeltos. Dejamos con pesar este sitio encantador, y al cabo de dos horas de marcha por una cuesta rápida, estuvimos en la garganta de Oro; entonces distinguimos en lontananza el estrecho valle en que íbamos á entrar sumergido en un vapor azulado. Cuatro palabras de topografía:

El valle del Ubaye situado entre montañas muy altas y muy próximas unas á otras, se extiende sobre una longitud de siete á ocho leguas del Oriente al Occidente; está limitado al Norte por el valle de Gueil y del Durance; al Levante por los Estados del rey de Cerdeña, y al Mediodía por los pueblos de Seyne, Turriers y Colmars, formando parte del mismo departamento. En toda su longitud le atravie-

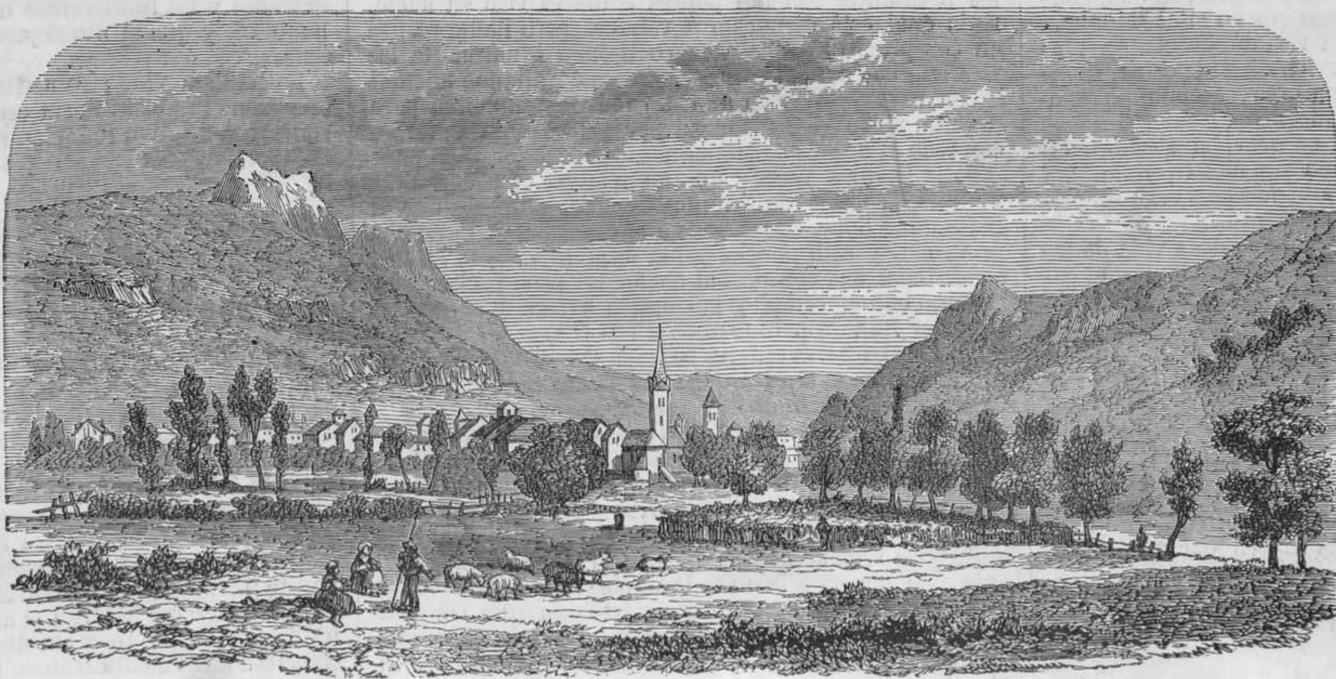


El paso Latour entre Ubaye y Lauzet (Bajos Alpes).



Lago y aldea de Lauzet.

todo el valle. Se halla admirablemente situado para espiar la menor señal de peligro, y en tiempo de la guerra con los duques de Saboyalleno más de una vez su deber de centinela avanzado en aquellas gargantas. El camino pasa por abajo. En ese punto las montañas están encajonadas y son muy pintorescas, sobre todo hacia el Paso Latour. Por algunos puntos el camino se halla atrevidamente cortado en la peña; soberbias rocas de formas gigantescas hacen ese paso sumamente pintoresco y curioso. Admirase en él un bonito puente á la americana que reúne dos peñascos formidables á una altura de



Barcelonette.

sa el Ubaye, rio de mucha pesca y una corriente rápida.

Este país ha sido teatro de guerras numerosas y encarnizadas; pasó sucesivamente bajo la dominación de los duques de Saboya y de los reyes de Francia, y quedó definitivamente por los franceses en virtud del tratado de Utrech (1713), época en que fué cambiado por los valles de Cezanne y de Bardonneche.

Desde la garganta el camino baja rápidamente hacia el fondo del valle, pasa por la aldea de Ubaye edificada entre nogales magníficos, y después de haber atravesado el rio sigue costándole todas las sinuosidades casi siempre cubiertas de vegetación de la montaña opuesta.

El fuertecillo de San Vicente construido sobre una roca á cerca de 200 metros sobre el nivel del rio domina

40 metros. Después de haber andado tres horas desde la cumbre de la montaña, llegamos por fin al Lauzet cuyo campanario distinguimos hacia mucho tiempo. Si el viajero que llega allí tiene hambre y está cansado como nosotros, debe hacer lo siguiente: dejar su maleta en la fonda de los Alpes, y dirigirse hacia el comedor atravesando la cocina, donde el olor de los peces que saltan en la sartén y de los asados, le darán ya una idea del placer de encontrarse al cabo de cinco horas de marcha en presencia de una buena comida.

No me detengo en describir una aldea á la que nada falta para

servir de asunto á un bonito cuadro. Esas montañas que se inclinan naturalmente para darla aire, ese lago donde vienen á reflejarse las casas, los bosques, los magníficos nogales que la rodean y á veces alguna bandada de palomos blancos, le comunican una frescura deliciosa. Mi dibujo da una pobre idea de lo que es, pero en cambio tiene el mérito de ser exacto.

Desde el Lauzet el camino es árido y sumamente estrecho. Ya no se ven viñedos, y es porque desde ese punto se eleva uno hácia regiones donde ya no prenden las cepas.

En Miollans el valle se ensancha, y muy luego en una bonita llanura que embellecen las praderas y los árboles se distingue la reina de esas comarcas, Barcelonette, punto de descanso. El pueblo no es desagradable; fué fundado por los años 1231

bajo la dirección de los tres hombres notables del país, E. Gran, Rostan de Faucon y Guillermo Eynantier, á quienes fué otorgada la concesión de edificar por Raimundo Beranger V, conde de Provenza, con la condición de que se obligarian á seguir á este último en sus cabalgadas: «*Quando necesse erit usque ad bellum, juncum et usque etc....*» dice la escritura.

Esta población debía ofrecer hace algunos años un aspecto de los mas curiosos; á cada lado de la calle principal corría una hilera de arcos bajos. La mayor parte de estas construcciones ha sido derribada, y en breve esta calle tan característica se parecerá á todas las calles. Una larga serie de casas altas y bien alineadas es lo único que recrea la vista: el nivel civilizador ha concluido con lo pintoresco.

Al extremo opuesto se ve una fuente en una pequeña



Casa de la aldea de la Couchette, donde nació MANUEL.

esplanada con algunos árboles. Este humilde monumento llama la atención, y hay pocos que no se descubran con respeto ante el bronce que le adorna. Es un medallón de David de Angers que recuerda al transeunte las facciones del gran Manuel, aquel defensor de las libertades de la Francia, aquel atrevido combatiente de 1823, cuya vida fué una larga serie de sacrificios hechos á la patria. Voluntario en 1793, abogado, miembro de la cámara de los representantes, diputado, se ve que dos palabras llenaban el corazón de este gran ciudadano: patria y libertad. — Me mostraron en la montaña la casa en donde nació, y me apresuré á copiarla.

A un cuarto de hora de Barcelonette está Faucon, bonita aldea que se extiende desde la costa hasta el río. Ocultas en medio de los árboles sus casas, parecen una bandada de palomas que habrían venido lejos del ave

y casamatas; por todas partes surgen cuarteles inmensos, almacenes de provisiones, baterías formidables que abren sus bocas terribles. ¡Es imponente! Las almenas amenazadoras dominan los tres valles que desembocan allí. Sobre todo hay una terrible batería baja construida enteramente en la roca que puede hacer estragos en todos sentidos. Su situación poco elevada sobre el valle, la dirección de sus troneras, la permiten barrer todo cuanto se presente al paso. Vengan los enemigos, que Tournoux se encarga de su recepción.

Desde ese punto y por el interior de la montaña serpentea una escalera que comunica con los cuarteles y con las galerías superiores, y que no tendrá menos de dos mil escalones. Se experimenta un vértigo cuando al llegar á la cumbre se inclina uno para mirar al valle donde se mueven algunos puntos negros impercepti-

de rapiña á buscar un poco de agua y de sol. El viejo campanario que la domina mira á lo lejos el campo y lanza de tiempo en tiempo el sonido puro de sus campanas. Pasamos allí algunos momentos deliciosos. En una de aquellas casitas blancas recibimos una hospitalidad que no se borrará de nuestra memoria.

A una hora de allí está Jauziers en medio de las praderas y los árboles. La iglesia de estilo italiano está llena de adornos por dentro; su aspecto es muy bonito. Desde aquel punto las montañas se encajonan, y por eso se ha dado al valle el nombre de Valle Negro. Hay sitios de un aspecto terrible. Se pasa por delante del Chatelard, y en breve á la revuelta del camino aparece de repente el famoso fuerte de Tournoux, verdadera montaña de 400 metros de altura toda llena de almenas, bastiones



El Chatelard.



El fuerte Tournoux y la Condamine.

bles. ¡Qué poca cosa es un hombre visto desde allí! Las obras principiadas desde hace diez años se continúan aun y seguirán sin duda durante diez años más. Es una verdadera obra de romanos.

A la derecha y á la izquierda del fuerte se abren dos valles; por la primera se entra en el departamento de los Altos Alpes atravesando una montaña enteramente cubierta de yerba hasta arriba. En el camino se hallan la aldea de Saint-Paul, Morin que se deja á la derecha con sus canteras de hermoso mármol verde, y luego Vars. Por el camino de la izquierda están Meyrone, el Arche, St-Ours y su famosa romería *propicia* para las solteras que no quieren quedarse para vestir vírgenes; de aquí se va al Piamonte por una garganta muy practicable.

Boletín científico.

ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS: — *Dos Memorias referentes á puntos importantes de organizacion social*: Se han leído últimamente en la Academia dos Memorias, una de M. Michel Chevalier, que trata de la *aplicacion del ejército á los trabajos públicos* y la otra de M. Wolowski, que es relativa á la *division territorial* en Francia. Estas comunicaciones presentan un doble interés político y científico, y contribuirán indudablemente á fijar las vacilaciones del legislador sobre cuestiones que ocupan desde mucho tiempo á los hombres de Estado, sin que hayan llegado á ponerse de acuerdo en sus conclusiones.

Nos limitaremos á resumir aquí muy concisamente el extenso trabajo de M. Chevalier, desarrollo de un tema que habia presentado en su curso en el Colegio de Francia. Despues de manifestar que las primeras tentativas hechas para emplear el ejército en los trabajos civiles datan del tiempo de Enrique IV, que se sirvió de él para la abertura del canal de Briare, M. Michel Chevalier llega á las serias operaciones de nuestra época, á la construccion de los caminos estratégicos del Oeste, á la del puente de La Roche Bernard, y finalmente á las fortificaciones de Paris.

La primera de estas operaciones fué poco satisfactoria en cuanto á la economía, pues el reglamento fué mal concebido; los soldados, sin distincion de fuerza ni de capacidad, fueron empleados al mismo precio que los jornaleros ordinarios; los oficiales recibían una gratificacion bastante crecida, y por último se declaró entre ellos y los ingenieros civiles, directores de los trabajos, una rivalidad que fué origen de grandes inconvenientes. La segunda tentativa no fué mas afortunada: el jornal del soldado resultó á 1 fr. 60 cént., en vez de 1 fr. y 40 que costaba un jornal en el pais.

El tercer ensayo fué mas decisivo, porque se hizo con un cuidado especial por parte de la administracion que habia sabido aprovechar las lecciones de la experiencia. Para levantar las fortificaciones de Paris se necesitaban unos 4 millones de metros cúbicos de piedra que debían consumirse en el espacio de cinco años; para formarse una idea de la importancia de esta cifra bastará saber que en los 24 años precedentes, solo se habian empleado en las construccion de todo género, hechas en Paris, tres millones de metros cúbicos de piedra. Esto hacia temer el encarecimiento de los materiales y la elevacion de los jornales. Remedíose pues ese doble inconveniente formando un campamento de 30,000 soldados, de los cuales los dos tercios aproximadamente compusieron el efectivo de los trabajadores. La economía realizada directamente sobre los jornales ascendió á unos 4 millones, si bien fué realmente mucho mas considerable, pues solo una elevacion de 50 céntimos por jornal hubiese hecho subir el gasto á 8 ó 9 millones mas, sin contar el encarecimiento de los materiales, cuyo resultado, tocante á la piedra solamente, habria hecho un aumento de 13 á 14 millones en el gasto. Sin embargo, debe observarse que los gastos de abarrecimiento de las tropas empleadas en los trabajos, ascendieron á unos cuatro millones. En cuanto á las ventajas que cada soldado operario encontraba en el plus que recibia, consistian en un aumento de 5 á 10 céntimos de sobras cada semana.

En resumen, M. Michel Chevalier cree que resultaria una grande economía haciendo ejecutar ciertos trabajos públicos por los soldados que adquieren en poco tiempo una grande habilidad, sobre todo empleando los del cuerpo de ingenieros. Sin embargo, M. Chevalier concluye manifestando que en el actual estado de cosas, no considera posible erigir en sistema la aplicacion del ejército en un trabajo productivo.

M. Moreau de Jonnés ha presentado algunas observaciones á consecuencia de esta lectura, diciendo que no sabe por qué los soldados trabajadores deberían recibir, como plus, una remuneracion igual al salario corriente de los jornaleros. Desde 1792 á 1815, el ejército estuvo ocupado en trabajos públicos sin recibir ningun sobresueldo; M. Moreau de Jonnés dijo que él mismo habia tomado parte corporalmente en estos trabajos para dirigir á sus compañeros. Allí no habia barracas, sino que cada cual se arreglaba lo mejor que podia; no se observó que los soldados estuviesen descontentos, ni tampoco resultó ningun inconveniente de emplear á los oficiales de ingenieros como directores de las obras. Confirmando, por lo demás, las diferentes observaciones de su colega, M. Moreau de Jonnés cree que seria posible llegar á una organizacion que ofreciera la doble ventaja de realizar grandes economías y de librar al ejército de la ociosidad, cuyos inconvenientes conoce todo el mundo.

— SOCIEDAD DE ECONOMIA POLITICA: — *Comunicacion de M. Michailoff*. — En su última reunion, la Sociedad de Economía política ha recibido de M. Michailoff, redactor del *Economista ruso* de San Petersburgo, una explicacion de sumo interés sobre la situacion de las clases obreras, y en particular de esos campesinos que desde hace algunos años son objeto de particular atencion por parte de los economistas. El espíritu de asociacion voluntaria y espontánea ha producido diferen-

tes géneros de asociacion, sea para consumir en comun, sea para socorrerse en caso de necesidad, sea para trabajar repartiéndose las ganancias y las pérdidas. Esta organizacion, que difunde entre la poblacion la confianza recíproca y la moralidad, no ofrece ni los peligros del comunismo al cual se le asemeja injustamente, ni los inconvenientes de las asociaciones privadas.

Una publicacion reciente del conde de Gereltzoff confirma los datos oficiales de M. Michailoff, extendiéndose mucho mas que este acerca del comunismo entre los campesinos rusos. Con efecto, este pequeño folleto, abundante en hechos curiosos, bajo el título de: *Las tres cuestiones del momento*; nos dice que el trabajo en comun, con su division en funciones atribuidas á diversas corporaciones, constituye un sistema en completa aplicacion. Toda la Rusia está dividida en municipios urbanos y rurales, los primeros, organizados á imitacion de los de Europa, bajo el impulso de Pedro el Grande, no prosperan en general porque les falta el origen nacional; respecto de los segundos su aspecto es del todo diferente. En los términos de las municipalidades rurales sean emancipadas, sean señoriales, se reparten generalmente los terrenos segun el número de trabajadores útiles, despues de haberlos dividido en porciones segun su calidad y su destino; cada jefe de familia obtiene por sorteo tantos lotes como contribuyentes cuenta en ella, disponiendo de la parte que le ha tocado, como de su propiedad, hasta el reparto siguiente que no se verifica en tanto que no es de rigurosa necesidad; cada municipalidad contrae la obligacion de socorrer á los indigentes. Gracias á este sistema, no existe pauperismo ni proletariado.

El segundo principio fundamental de la municipalidad es la division del trabajo entre las asociaciones; hay pueblos y aun distritos enteros que se ocupan en un solo ramo de industria, y bajo este régimen es tal la baratura de los productos que hoy dia, en Moscou, se puede comprar por 10 francos una péndola de repeticion cuya máquina es toda de metal; los muelles y todo lo que se necesita para montar un carruaje, que costaban antes 700 francos, valen ahora 250 fr. en los pueblos, que ofrecen tambien por 28 fr. telares á la Jacquard que se pagaban á 250 fr. aun no hace veinte años.

La organizacion administrativa del pueblo ruso guarda perfecta armonía con sus costumbres y sus hábitos comunistas: cada municipalidad elige su *anciano* por medio del voto universal, á quien asiste un consejo de *prohombres* nombrados igualmente por eleccion. Llegado el término de sus funciones judiciales y administrativas, su conducta es juzgada por la municipalidad constituida en asamblea general, que puede imponerle el castigo que tenga por conveniente. Cualquiera verá en estos pormenores la antigua organizacion de los municipios franceses de la edad media, de los municipios industriales, y hasta cierto punto de los municipios rurales en los cuales se encontraban tambien las *Sociedades mudas* de aldeanos que tenian una grande analogía con las asociaciones agrícolas de Rusia.

— POBLACION Y RENTAS DE LAS INDIAS ORIENTALES: — El «Monitor» ha publicado un curioso artículo sobre la poblacion y el estado rentístico de esta parte importante de las posesiones británicas, donde hallamos los datos siguientes:

El territorio que posee la Compañía de las Indias es seguramente uno de los mas vastos reinos, ó mejor el mas vasto conjunto de reinos que haya estado jamás sometido á un mismo poder político. Cuenta en total una poblacion de 180 millones de almas, que hablan doce ó quince idiomas ó dialectos diferentes, y que se dividen en indios, subdivididos en una infinidad de sectas y castas, y en musulmanes.

Al lado del tímido hijo de Bengala se encuentran en este inmenso territorio las razas guerreras de los sicks y rajpoatas, el inteligente parvis, el industrioso malayo, y además tártaros, chinos, judíos y armenios, etc. En cuanto á la poblacion cristiana, sabido es que solo constituye en este conjunto una débil minoría. El territorio de la India inglesa (sin comprender Ceylan, Singapore, etc.) se divide en cuatro grandes centros: las tres presidencias, Bengala, Madrás y Bombay, y las provincias del Noroeste, cuya metrópoli es Agra.

La presidencia de Bengala cuenta por sí sola 100 millones de habitantes, 61 de los cuales están directamente sometidos á la administracion del gobierno de la India; su capital Calcuta tiene 240,000 habitantes, la de Madrás cuenta 28 millones, y la de Ceylan unos 16; finalmente las provincias del Noroeste cuentan unos 34 millones de habitantes. En esta parte de la India es donde están situados los distritos que son en el dia teatro de la insurreccion militar y de escenas que exceden en atrocidad á las barbaries de los canibales de la Nueva Zelandia, y son Delhi, Meerut, Allhabad, Agra, etc. La poblacion del distrito de Delhi se eleva á 2,195,180 habitantes, y la de Meerut á 4,522,165.

La renta total de los territorios sometidos al gobierno de la India inglesa se elevó, en el año económico que espiró el 30 de abril de 1856, á 27,693,000 libras esterlinas, unos 700 millones próximamente de francos, que es casi la mitad del presupuesto ordinario de la Francia. Solo la contribucion territorial figura en esta suma por 380 millones, ó sea mas de la mitad del total. La importancia de esta cantidad indica bastante el predominio de la poblacion agrícola que, en la India en general, es tres veces mayor que la de las ciudades. Bajo el gobierno de los antiguos reyes indígenas, la contribucion territorial era infinitamente mayor; no tenia, por decirlo así, mas límite que la produccion del suelo, y no reconocia otra regla que la arbitrariedad mas odiosa y opresiva. Es inútil añadir que bajo la administracion inglesa, el impuesto, bien que quizá demasiado excesivo todavia, está al menos severamente arreglado por la ley. Pero al aplicarla, ¿nada tienen que echarse en cara los agentes de la administracion? Esta es una pregunta que naturalmente nos inducen á hacer los acontecimientos presentes.

La renta de aduanas en la India, á la que hay que agregar

el estanco de la sal y del opio, produce un total de unos 230 millones, la de correos y el timbre importan poco mas de 17 millones; el «akbary» ó derecho sobre los aguardientes, otros productos que pagan derecho de puertos, las patentes ó licencias, y diversos tributos ó subsidios de los Estados independientes completan la cifra total del presupuesto de ingresos de la India. En cuanto al presupuesto de gastos, el documento del cual tomamos estos datos no nos muestra en favor del gobierno de la India un estado rentístico de los mas florecientes, porque pone de manifiesto una cifra de gastos de 29,754,490 libras esterlinas, próximamente unos 750 millones de francos, ó sea 50 millones mas que los ingresos. De esta suma total, solamente la administracion militar consume 280 millones, y la administracion civil, política y judicial 165 millones; las obras públicas figuran en el presupuesto general por 40 millones; y finalmente la recaudacion de los diversos impuestos importa un gasto de 110 millones. La deuda pública del gobierno de la India es, como todo el mundo sabe, muy crecida, pues se eleva á unos 48 millones de libras esterlinas (1,200 millones de francos), cantidad que no parecerá sin embargo exorbitante si se consideran los inmensos recursos que ofrece el pais. La explicacion de esta deuda se encuentra en los enormes gastos que han pesado sobre el poder británico por las guerras que en el curso de setenta años ha tenido que sostener contra Tippoo-Saib, contra los Maratas, contra el Penjab, el Afghanistan, la China, etc.

Las circunstancias actuales, que alteran los recursos con que contaba el gobierno de la India, van á abrir una nueva y terrible brecha en el presupuesto de gastos y en la deuda de la India, y desgraciadamente no es solo con el oro como se arreglarán las cuentas. Pero debe esperarse que Inglaterra no ahorrará ni el oro ni la sangre para sostener en estas ricas comarcas del mundo oriental un poder que ha comprado tan caro y que la ha elevado á tan alto grado de esplendor. No hay que dudar de que reprimirá la insurreccion indomusulmana, y de que le impondrá un castigo muy merecido; pero no debe limitarse tan solo á castigar, sino que es menester que de estos terribles incidentes saque una leccion útil en favor de las reformas que requiere la administracion civil y política de sus posesiones de la India.

Industrias nuevas.

MAQUINA DE M. PECQUEUR PARA FABRICAR REDES.

La invencion del sistema de fabricacion de las redes de pesca y demás mecánicamente se debe al difunto M. Pecqueur, ingeniero mecánico y subdirector del conservatorio de Artes y Oficios de Paris. Este descubrimiento importante le valió á su autor el gran premio de 3,000 francos fundado por la sociedad imperial de fomento, la medalla de oro y la cruz de la Legion de Honor.

Las ventajas que presenta este sistema son muy evidentes; ofrecen en resumen:

- 1º Solidez y perfeccion;
- 2º Fabricacion de las redes con sus orillas;
- 3º Mallas de todos los tamaños que se usan en las diferentes redes y propias para toda clase de pesca;
- 4º Produccion en la proporcion de 80 á 1 comparado con las redes á la mano por el antiguo sistema; (un telar Pecqueur produce en un dia el trabajo de ochenta jornadas, de lo que resulta una economía que rechaza toda concurrencia por parte del sistema antiguo);
- 5º Seguridad de mucha salida para la pesca marítima y fluvial.

Efectivamente el consumo anual de redes en Francia es enorme, tanto que no podrian satisfacer mil telares en estado de funcionar sin entorpecimiento.

A beneficio de este sistema se pueden fabricar redes para hamacas, para los talegos de las fábricas de azúcar de remolacha, para los sacos de la caballería, para la pafamanería, y en fin para cambiar de cama á los gusanos de seda. La invencion de M. Pecqueur es sobre todo una obra eminentemente nacional, y debe despertar la atencion del gobierno, pues asegura á la clase tan numerosa y digna de interés de los pescadores una economía notable en la compra de las redes, sin dejar de producir grandes beneficios á la sociedad encargada de explotar esta invencion. En el conservatorio de Artes y Oficios hay un telar modelo que funciona mecánicamente por medio del vapor; viéndole se convence uno de que esta industria tiene un porvenir brillantísimo.

La locomotora

DEL FERRO-CARRIL DEL CAMPO DE CHALONS.

Combustion sin humo.—Sistema Dumery.

En este nuevo ferro-carril del campo de Chalons se ha experimentado en presencia del emperador una locomotora donde se encuentra aplicado el principio de la combustion sin humo de M. Dumery, principio llamado á realizar un progreso que procurará grandes ventajas á las compañías. Damos aquí el dibujo de las principales partes del aparato que se pone en la locomotora.

El carbon se arroja en dos conductos laterales A B, cuyo orificio superior desemboca bajo los piés del maquinista. Estos dos conductos llevan el carbon por su gravitacion propia hasta el nivel inferior de los enverjados. Aquí el combustible es empujado oblicuamente en direccion de las flechas c d, por una especie de peine movable que en su movimiento de rotacion en torno del árbol E obliga al combustible á subir á lo largo del plano inclinado formado por los barrotes.

Entonces sucede lo siguiente: el carbon crudo, es decir, tal como sale de la mina, llegando por la parte inferior, se halla puesto en contacto á la vez con el calor

del fogon que provoca la salida de los gases y con el aire puro que permite que su combustion tenga lugar en las únicas condiciones en que es posible, á saber, en el estado de division en llamitas que facilitan la oxigenacion completa de todas sus partes.

Una vez producidos y comburados los gases, lo restante de la operacion no necesita explicacion ninguna; la hulla se convierte en coke y concluye su trayecto comburándose bajo esta forma, y como los residuos sólidos, cenizas y escorias no son abandonados por el combustible sino despues que ha desaparecido todo cuanto tenían de comburable, los detritos pasan á lo alto del enverjado en el centro del fogon, donde producirian infaliblemente una obstruccion análoga á la que tiene lugar en los enverjados ordinarios, si el autor no hubiera tenido cuidado de hacer oscilar los barrotos del centro con un movimiento que da la máquina; de este modo en cuanto una escoria se acerca á un barrote es separado de la que la sigue y arrojada por las aberturas de los barrotos en pedacitos menudos. Esta disposicion accesoría en apariencia tiene para las locomotoras un gran valor, porque evita los entorpecimientos y ahorra el trabajo de limpieza.

Este nuevo modo de combustion es tan sencillo y parece tan natural, que muchos de nuestros lectores no notarian bien la diferencia, sin esta corta explicacion de la marcha del combustible y de la combustion en los fogones ordinarios.

Si en un fogon ordinario se quema un combustible seco y pobre, esto es, sin humo, como el coke, etc., y que la relacion entre la tirantez y el espesor del combustible se halle establecida convenientemente, la combustion podrá ser muy buena y muy completa; el aire fresco del cenicero al pasar al través del combustible se convertirá en ácido carbónico, esto es, en gas que se ha agotado en beneficio de la combustion operada, y que será ya impropio para una combustion nueva.

Pero si en vez de combustible seco se admite la hulla humeante, esto es, compuesta de dos elementos distintos, uno sólido y el otro gaseoso, sucede que soltándose los gases combustibles en ese caso, sobre el combustible en ignicion, el aire que se habrá viciado al atravesar las primeras capas del combustible sólido, será impotente para operar la combustion de los gases que se escapan sobre el fogon, y el humo aparecerá, esto es, la combustion será incompleta é imperfecta. Esto es lo que sucede con la combustion de la hulla en los enverjados ordinarios.

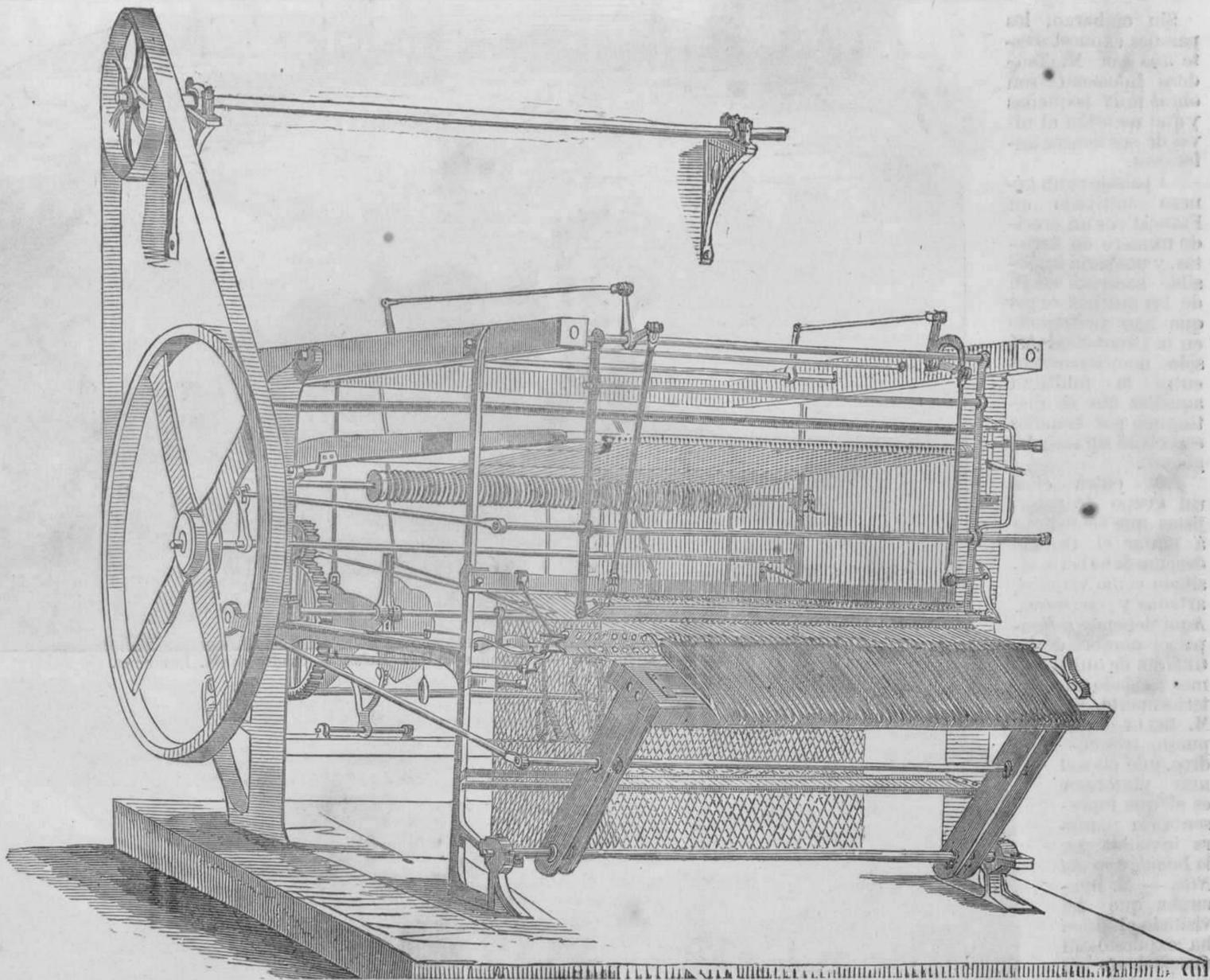
Hay tambien otras causas que contribuyen á la imperfeccion del resultado: los gases no siempre adquieren al soltarse una temperatura bastante elevada para inflamarse, y el volumen de gas combustible es casi siempre demasiado considerable para dejarse penetrar suficientemente por el oxígeno, aun cuando este llegue á existir en un estado bastante puro y en cantidad bastante considerable.

Esos son los vicios radicales que M. Dumery ha hecho desaparecer primero poniendo los gases en las mejores condiciones para su combustion, y luego no destruyendo el coke sino en segunda linea.

Este procedimiento verdaderamente admirable puesto que sin preparacion ninguna permite quemar la hulla con tanta facilidad como el coke, ahorra las inmensas pérdidas que sufre el pais con la conversion de la hulla en coke.

Además hay un gran interés en la aplicacion de este principio, y es que economiza en la práctica ordinaria del 20 á 25 por 100 del combustible hulla empleado en un enverjado llano. Ahora bien, como la Francia consume en el dia por 250 millones de francos de hulla cada año, la aplicacion de este procedimiento daria un ahorro anual de mas de 50 millones, y daria á las minas una existencia de un quinto mas, dispensando de convertir la hulla en coke.

Bajo el punto de vista de la higiene purificaria la atmósfera de los gases nocivos que la vician.



Máquina de M. Pecqueur para fabricar redes.

Así comprendemos muy bien que este apreciable invento haya sido premiado por la Academia de ciencias.

Exposicion de bellas artes de 1857.

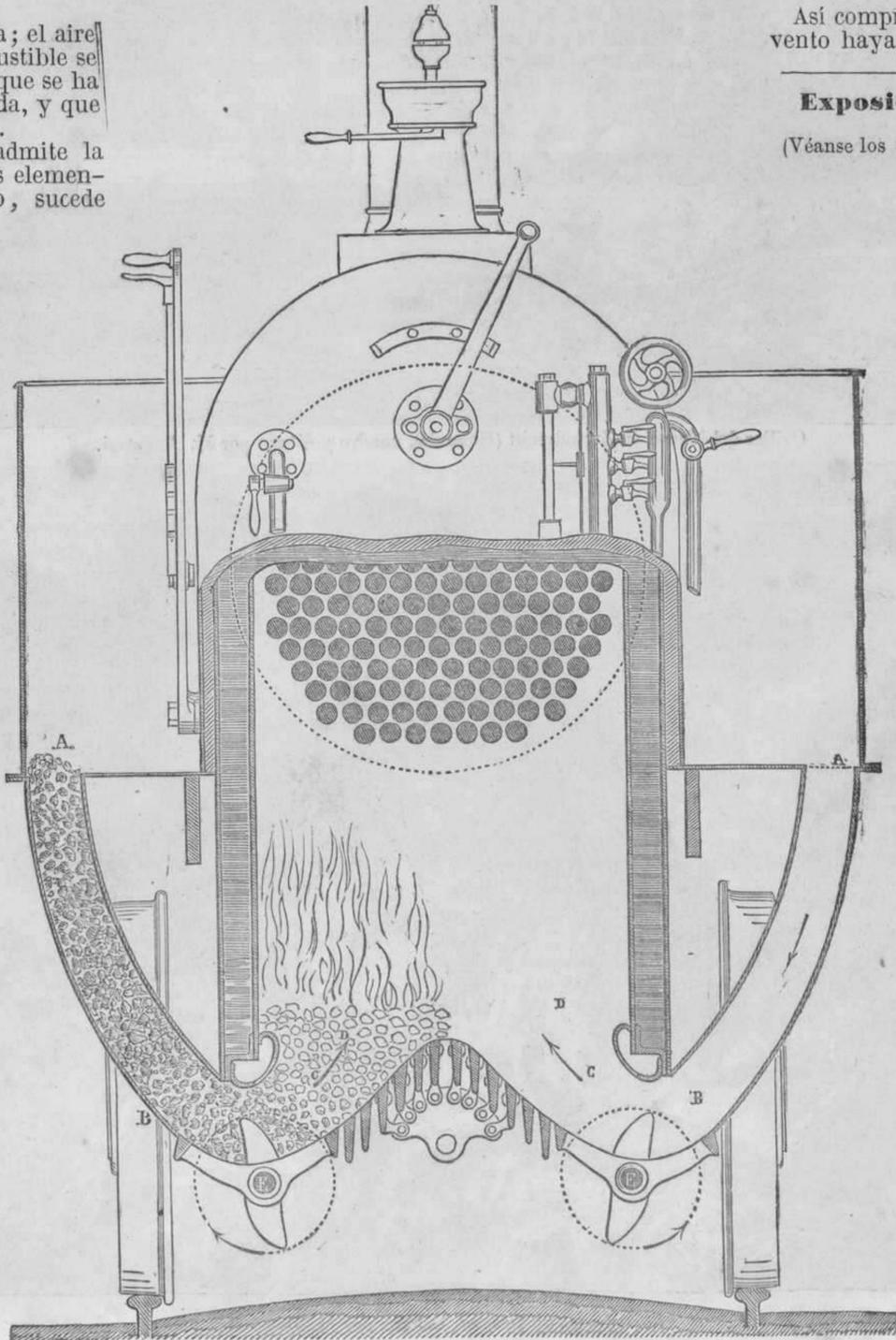
(Véanse los números 236, 237, 238, 239, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247 y 249.)

M. COROT es casi el único paisajista que conserva una fe tenaz en las graciosas invenciones de la Grecia. En uno de sus cuadros nos muestra una *Venus*, cuyo colorido y ejecucion dejan mucho que desear; pero sin embargo, se nota cierto sentimiento, y esto basta para infundirnos un instante la impresion de la belleza antigua. M. DESGOFFE es tambien un griego, pero su inspiracion es severa y religiosa. Se complace en los mitos sombríos y terribles en la historia de *Orestes*, el asesino de su madre; nos pinta rocas escarpadas y los escollos donde Neptuno hace perecer al navegante.

Tambien debemos citar el nombre del difunto M. BODINIER, que ha enviado dos grandes paisajes á la Exposicion: *Descanso de viajeros y pastores (Estados romanos)*, y *Camino de Roma á Nápoles*. Las figuras tienen cierta importancia y su dibujo acusa un estudio detenido, cosa rara en los paisajistas. — M. BELLEL posee un talento de composicion y de ejecucion esmerada, que olvidan demasiado los realistas; con esas cualidades que brillan en un *Recuerdo de Auvernia* se deplora no hallar el sentimiento de la naturaleza y de la vida.

M. DAUBIGNY es hoy el jefe de la escuela realista de paisaje; la naturaleza encuentra en él un imitador sincero que no quiere ni embellecerla ni considerarla bajo sus aspectos mas distinguidos. Por otra parte su ejecucion franca se simplifica demasiado. En los cuatro cuadros que ha expuesto se nota el mismo estilo de decoracion y una palidez que en la *Primavera*, verbigracia, es un defecto que salta á la vista.

M. TEODORO ROUSSEAU quiere buscar con frecuencia un sentido íntimo, una emocion en el paisaje, pero no siempre le manifiesta con acierto, le falta ejecucion. Por eso se contenta con preludiar; sus admiradores aceptan sus preludios como sinfonías completas, pero el público no participa de esta ilusion.



Nuevo aparato de combustion sin produccion de humo, por M. Dumery.

Sin embargo, los paisajes expuestos este año por M. Teodoro Rousseau son obras muy pequeñas y que no están al nivel de sus lienzos anteriores.

El paisaje es un género cultivado en Francia por un crecido número de artistas, y nos sería imposible hacernos cargo de las muchas obras que han presentado en la Exposición. Así solo mencionaremos entre la multitud aquellos que se distinguen por estudios especiales sin salir del género.

Hay entre ellos un grupo de paisajistas que se dedican a pintar el Oriente después de haberle visitado como viajeros, artistas y escritores. Aquí debemos estampar el nombre de M. GEROME de quien hemos hablado anteriormente.

M. BELLY ha expuesto tres cuadros, y de ellos el más pintoresco es el que representa la llanura invadida por la Inundación del Nilo. — M. BERCHERE que ha visitado el Sinai ha expuesto un *Campamento* en que resalta un acento de verdad indisputable.

— M. IMER tiene muchos cuadritos representando vistas del Egipto y de la Nubia, de un efecto suave y armonioso. — *La vista de Constantinopla al caer la tarde* por M. ZIEM presenta un contraste de color muy pronunciado con los tonos cenicientos y blancos de los cuadros anteriores. Entre los artistas que nos dan a conocer paisajes del Norte citaremos a M. AIVASOVSKY, discípulo de la Academia de San Petersburgo, que ha expuesto vistas de la grande, la pequeña y la nueva Rusia y de la Crimea; además recordaremos los sitios pintorescos de la Suecia por M. LARÇON, de quien ya hemos reproducido un paisaje. Los pintores de animales también han enviado algunos lienzos a la Exposición. En primera línea se encuentra M. JADIN. Su *Cacería en Fontainebleau* es un vasto lienzo de un tono oscuro vigoroso, pero demasiado sombrío. — M. MELIN pinta perfectamente los perros, pero solo en su exterior; no da vida ni animación a su fisonomía. Los bueyes, los carneros, los caballos, los conejos, las gallinas y hasta los gatos tienen sus pintores especiales.



Exposición de 1857. — Cercanías de Delt (Holanda), cuadro por M. Lambinet.



Orillas del Meuse en Zwindrecht (Holanda), cuadro y dibujo por M. Anastasi.



Los furiosos de Orestes, cuadro por M. Desgoffe.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

M. DESGOFFE: *Los Furiosos de Orestes*. El sistema enteramente académico de este género de paisaje forma un verdadero anacronismo con la pintura de nuestra época. Este cuadro habría sido admirado mucho en 1810; hoy ha encontrado al público indiferente y a la mayoría de los artistas antipática. Hay en la persistencia obstinada del artista una convicción respetable; antes que rebajar su talento prefiere quedarse aislado. Su cuadro, que se puede tomar como una muestra de los últimos esfuerzos del paisaje de estilo antiguo, es una especie de protesta religiosa y altanera, pero involuntaria, contra la vulgaridad y el descuido que afecta el realismo moderno; por esta razón,preciándonos de imparciales, hemos querido poner el arte académico y austero en presencia de las obras que están a la moda en el día. Además hay un mérito real en las composiciones de M. Desgoffe. Únicamente es de sentir que mientras permanece fiel a la dignidad severa del estilo, no haga mas que ostentar su saber, y no comunique a sus obras un acento más íntimo. Sus figuras y sus rocas están esculpidas en vez de estar pintadas.

M. ANASTASI: *Las orillas del Meuse en Zwindrecht (Holanda)*

vistas por los últimos resplandores del sol antes de la tormenta. Ya las sombras se pronuncian y por la oposición los colores toman un brillo más grande; el verde de la yerba tiene ese tono particular de los prados holandeses. El pintor ha sabido manifestar ese efecto fugitivo, pero su ejecución espesada. Quiere recordar demasiado el estilo de los maestros holandeses.

M. LAMBINET: *Cercanías de Delft (Holanda)*. Este paisaje así como la mayor parte de los paisajes expuestos por este artista tiene un efecto vivo y claro y un relieve al que contribuyen la franqueza y el manejo del color. M. Lambinet ganaría, a nuestro juicio, si moderase sus empastes que producen bultos demasiado sensibles en las reducidas dimensiones de sus cuadros.

J. D. P.